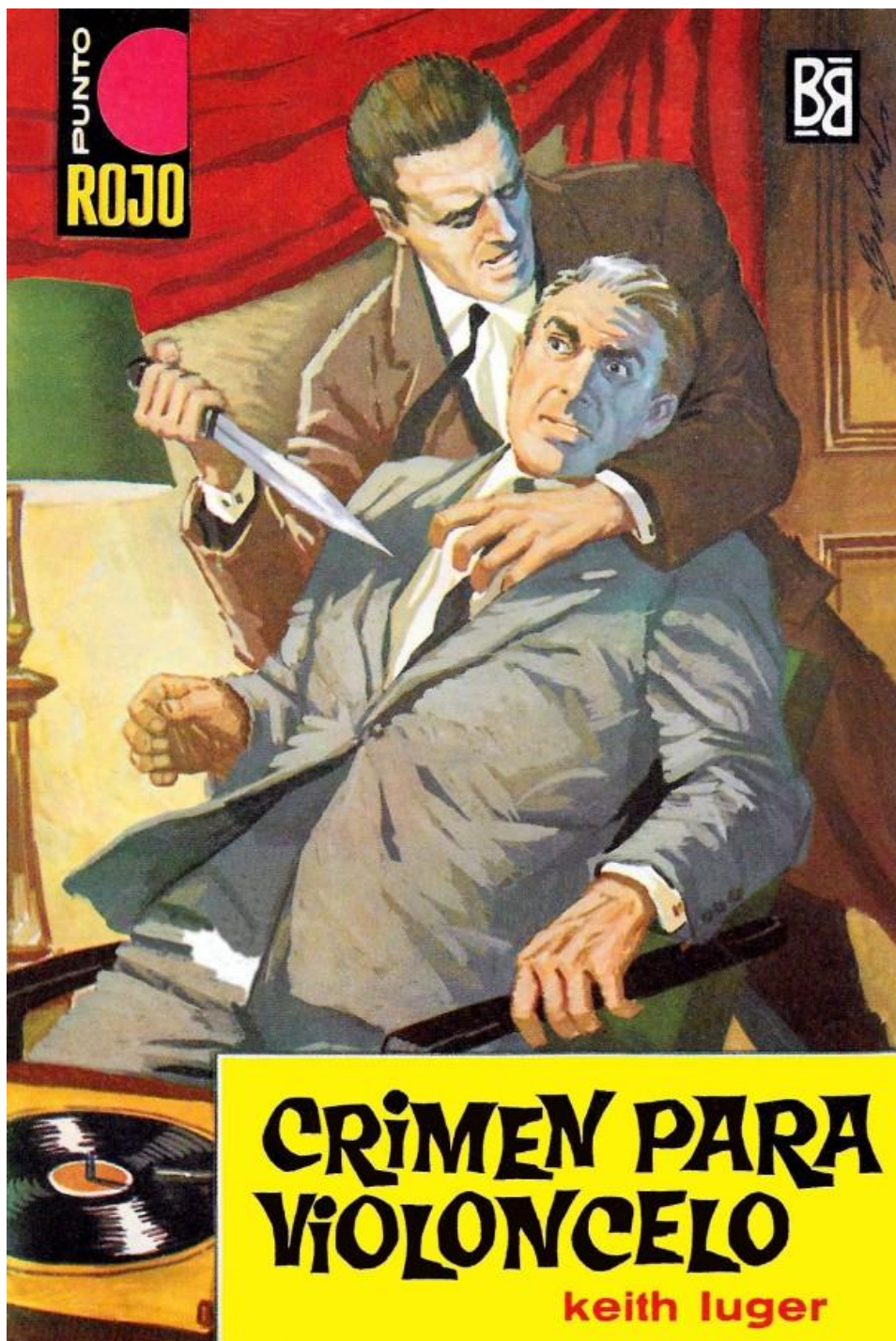


PUNTO
ROJO

B&B



CRIMEN PARA VIOLONCELO

keith luger

CRIMEN PARA VIOLONCELO

KEITH LUGER

CRIMEN

PARA VIOLONCELO

1.^a EDICIÓN

NOVIEMBRE - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BUENOS AIRES — BOGOTÁ

DEPOSITO LEGAL B 22781 - 1961

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© **KEITH LUGER - 1962**

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 5194/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

- 731 — El asesino tiene otra cara. 742 — El maravilloso *gun-man*.
758 — Justicia para un fugitivo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

- 612 — Reto a una ciudad. 627 — La muerte llegará a las seis.
630 — Ella pendía de una sogá.

En Colección BÚFALO:

- 434 — La hija del senador. 451 — El terremoto de Rock Hill.

En Colección CALIFORNIA:

- 297 — El buscavidas. 316 — Flores para los muertos. 320 — El
patilargo.

En Colección SALVAJE TEXAS:

- 303 — Cebo para un *gun-man*. 240 — Hermano del peligro. 244
— Fuego en las venas.

En Colección COLORADO:

- 257 — Expoliadores en el valle. 261 — No era trigo limpio. 264
— Refugio de criminales.

En Colección KANSAS:

- 224 — La escoria de Sam Ruggles.

En Colección PUNTO ROJO:

- 19 — Intrusión en el asesinato. 24 — Voces que aúllan. 26 —
Cita con el asesino.

En Colección BRAVO OESTE:

- 71 — Para piano y revólver. 76 — El puma asesino. 81 —
Campanas de funeral.

En Colección ASES DEL OESTE:

- 181 — No tengo armas.



CAPÍTULO I

En el despacho del alcaide de la prisión, Edward Sheridan, se encontraban tres personas. Una de ellas era el propio alcaide, la segunda Cornell Gaskin, primer ayudante del fiscal del Estado; la otra George Kornbluth, inspector del Departamento del Tesoro.

—Bien, caballeros —dijo Sheridan—. Ha llegado el momento. Si no tienen inconveniente, quisiera terminar cuanto antes con esto.

Los visitantes hicieron gestos afirmativos.

El alcaide oprimió un botón del intercomunicador.

—Diga, señor alcaide —se oyó una voz.

—Pueden traerlo.

Durante los dos minutos siguientes nadie dijo una palabra.

Finalmente llamaron a la puerta y el alcaide autorizó la entrada.

Penetró en la estancia un hombre muy alto, fornido. Defendía los ojos con gafas oscuras y se cubría con traje gris. Estaba flanqueado por dos guardianes.

—Hola, Delaney —dijo el alcaide—. Creo que conoce ya a estos caballeros.

Harry Delaney observó detenidamente a Kornbluth y a Gastón.

—¿Cómo no los voy a conocer? —sonrió mostrando una dentadura

blanca y perfectamente alineada—. Fueron los dos hombres que me atraparon. Durante cinco años he estado al corriente de sus vidas. Sé que les ha ido muy bien. Iniciaron su buena racha cuando lograron traerme aquí. Sí, los dos fueron recompensados por aquel trabajo. Pero todo llega en este mundo y yo ya terminé mi condena.

—Oiga, Delaney —le interrumpió el alcaide—. Estos caballeros se encuentran aquí cumpliendo una misión oficial. No han venido para oír sus ironías. Según la ley, han de dar cuenta de que el mismo hombre que ellos detuvieron es el que ahora sale de la prisión.

Harry Delaney rio con más suavidad.

—Siempre he dicho que las leyes deberían ser reformadas. Muchos aspectos de ellas son realmente estúpidos... ¿Qué piensan? ¿Han creído acaso que me podría hacer sustituir por otro de aquí dentro?

El inspector del Tesoro, Kornbluth, despegó los labios:

—Señor Delaney, ¿quiere hacer el favor de quitarse las gafas?

—Oh, sí, señor Kornbluth. —Delaney se quitó las gafas. Sus ojos eran de color gris pizarra—. ¿Está conforme, señor Kornbluth?

El inspector del Tesoro, no dio respuesta. Le llegó el turno a Cornell Gaskin:

—Está más grueso, Delaney.

—Me trataron muy bien... Buena comida, amigos... Deberían probarla...

El alcaide tenía una cartulina entre los dedos. Fue él quien dio la respuesta a Gaskin.

—Según consta en su ficha, cuando entró en la prisión, pesaba setenta y cinco kilos. Ahora da ochenta y dos.

—Eh, señor alcaide —protestó con una sonrisa Delaney—. No habla usted en términos humanos. Se diría que está dando el peso de un animal.

Sheridan suspiró.

—Pura formalidad, señor Delaney. No se moleste. Insisto en que todas estas formalidades nos son impuestas por el Reglamento.

—Estupendo. ¿Qué quiere que haga ahora? ¿Qué me desnude...? Muy bien. Lo haré.

Hizo un gesto de despojarse de la chaqueta pero Gaskin lo detuvo.

—No hará falta, señor Delaney. Creo que el señor Kornbluth y yo nos conformaremos con verle la cicatriz que tiene en el pecho. Sólo tiene que despasarse un par de botones de la camisa.

Harry Delaney desabrochó los botones con lentitud y exhibió su pecho. Casi a la altura del corazón mostraba una marca.

El alcaide habló otra vez con los ojos fijos en la ficha que manejaba.

—Cicatriz pectoral producida por herida de bala.

—¿Sólo dice eso, señor alcaide? —rio Delaney de buen humor—. Les puedo explicar quién me la hizo. Bill «El Tigre». Y también les contaré cómo ocurrió.

—Perdona, señor Delaney —intervino el ayudante del fiscal del Estado—, pero eso no nos interesa, aunque puedo decirle que conocemos perfectamente todos los detalles que se refieren a su vida.

—Sólo pretendía que pasásemos un rato divertido... Es una de mis historias favoritas.

El ayudante del fiscal se dirigió al inspector del Departamento del Tesoro.

—Por mí todo está bien, Kornbluth.

—Corriente —asintió el inspector.

El alcaide dejó caer la ficha sobre la carpeta que tenía delante.

—Bueno, Delaney, dentro de un momento va a salir de la prisión, se encontrará en libertad... Ha pasado aquí cinco años...

—Ande, alcaide, suélteme ese discurso que coloca a todos los que se marchan cuanto terminan su condena.

—No, Delaney. A usted no le voy a decir lo mismo.

—Quizá podría regenerarme. ¿No soy un hombre como otro cualquiera?

—Me temo que no, Delaney. Usted no es como otro cualquiera. Usted es el jefe de un «gang» poderoso, quizá el más fuerte del país, una organización que domina el juego en más de tres Estados, hipódromos de carreras, locales nocturnos donde además de bebidas se expenden otras cosas como drogas...

—Vamos, señor alcaide —le interrumpió Delaney. —Me va a avergonzar delante de estos caballeros...

No me impusieron una condena de cinco años por traficar con drogas o por amañar una carrera en un hipódromo. Recuerde que me dieron las vacaciones por cinco años simplemente porque yo fui un ciudadano que no pagó unos cuantos dólares al fisco... Fraude fiscal, ese fue mi delito. De modo que, si ha terminado, quisiera marcharme.

—De acuerdo, Delaney. No quiero prolongar más esta escena porque sería perder el tiempo.

—Magnífica conclusión, alcaide. El tiempo es precioso para los dos. Para usted y para mí.

—Sólo me falta decirle que en la habitación, vecina están reunidos algunos periodistas.

—Oh, los caballeros de la Prensa. —Delaney hizo chasquear los dedos—. ¿Cómo lo he podido olvidar?

—¿Quiere atenderlos?

—No. Deseo salir de aquí cuanto antes, pero diga a todos ellos que están invitados a la fiesta que celebraré esta noche en mi casa. Allí, fumando y bebiendo buen licor, contestaré a cuantas preguntas me sean dirigidas... ¿Conforme, alcaide?

—Así lo comunicaré.

—Magnífico. ¿Puedo marcharme ya?

—Sí, Delaney. Puede marcharse.

Delaney se cubrió los ojos con las gafas oscuras, miró las caras serias de Kornbluth y de Gaskin y, de pronto, estalló en una risotada.

Siguió riendo, andando hacia la puerta.

Los dos guardianes que estaban allí lo observaron con perplejidad.

Harry Delaney continuó riendo mientras, se volvía.

—Oiga, alcaide, contaré todo esto a mis muchachos. Le juro que se lo contaré, y todos nos vamos a reír mucho. Ha sido lo más divertido de estos cinco años.

Abrió la puerta, salió del despacho y su risa se fue perdiendo a lo lejos.

El alcaide hizo una señal a los guardianes, quienes salieron de la oficina.

—Bien, caballeros —dijo—. Ustedes hicieron algo muy meritorio, cuando lograron atrapar a este hombre. Pero ya lo ven, han pasado cinco años y otra vez la alimaña está fuera. Ha seguido haciendo daño aun encerrado entre estos muros y me temo que lo seguirá haciendo mientras viva.

Kornbluth y Gaskin asintieron con gravedad a las palabras del alcaide.

CAPÍTULO II

—¡Es una alimaña, Curtis! No quiero que me ponga la mano encima.

Curtis Wade, con un vaso de *whisky* en la mano, miró a la joven que así hablaba.

Era una rubia de unos veinticinco años, esbelta, de rostro bello y cuerpo maravillosamente proporcionado, que se cubría con un vestido negro de escote en uve.

—¿Por qué no dices algo, Curtis?

—Estás nerviosa, deberías tomar un sedante.

—¿Sólo se te ocurre eso...? Harry está suelto. ¿Lo oyes...? A estas horas debe haber llegado a su casa... —señaló el teléfono que había en la mesa ratona—. ¡Y yo sé lo que hará! Me preguntará por qué no he estado allí para esperarle.

—Tienes una buena excusa. Dile que sufres una jaqueca fuerte.

—¿Crees que él es tonto?

—No, nena. Él no es tonto. Por eso debemos tener cuidado.

Curtis Wade era alto, frisaba en los cuarenta años de edad y parecía un galán de la pantalla. Poseía un rostro de rasgos firmes, ojos negros, muy brillantes, nariz recta y mentón hendido. Vestía un impecable «smoking», resultaba varonil y poseía un gran atractivo para las mujeres. Ocho años atrás había llegado a la organización de Harry Delaney por pura casualidad. El coche en que viajaba Delaney sufrió una avería que su chofer no pudo arreglar. Curtis pasó por el lugar conduciendo un camión y se detuvo. En menos de dos minutos dejó el coche de Delaney en condiciones de seguir corriendo. Gracias a la intervención de Curtis, Delaney pudo acudir a tiempo a una entrevista que le reportó un beneficio de ciento cincuenta mil dólares. Había retenido una tarjeta de Curtis, y al día siguiente lo hizo llamar. Le ofreció la plaza de chofer particular suyo con un sueldo triple al que ganaba como transportista, y Wade aceptó enseguida. Luego Delaney fue simpatizando más y más con aquel muchacho y, tras un año de permanecer al volante, Curtis pasó a ser uno de los dos hombres de confianza de Harry, con un sueldo de cincuenta mil dólares al año.

—Te lo dije, Curtis. Teníamos que habernos marchado.

—¿Crees que estoy loco?

—Me has dicho qué has amasado una buena fortuna, que tienes más de medio millón de dólares.

—¿Y qué?

Podríamos habernos llegado a cualquier parte de Europa.

—¿Y por qué no a África o Asia...?

Dijiste que lo que te importaba era yo.

—Claro que me importas, nena, pero no le podía robar la novia a mí jefe mientras él estaba en la cárcel.

—¿Es que no se la has robado?

Los dos se miraron a los ojos. Curtis sonrió y lo hizo de una forma irónica.

—Tú y yo nos pertenecemos, nena... Hemos sido muy felices durante los últimos años, y lo vamos a continuar siendo. No quiero renunciar a ti.

La joven echó a correr hacia él.

Oh, Curtis —le rodeó el cuello con los brazos y él estuvo a punto de volcar el contenido de su vaso sobre el vestido.

—Cuidado, nena, te vas a manchar.

—No me importa —dijo ella y lo besó en la boca—. ¿A dónde vamos, Curtis?

—No vamos a movernos de aquí.

Ella se echó atrás.

—No te comprendo, Curtis.

—Lo entenderás enseguida. Acabaré con él.

Carol retrocedió como si la hubiesen golpeado.

—Curtis... —tragó saliva—. ¿Lo vas a matar?

—Sí. Eso es lo que voy a hacer. Es la única forma. He estado pensando mucho durante semanas, durante meses, en la solución, pero no di con ninguna mejor. Es la única que está a nuestro alcance.

—Pero, ¿cómo lo vas a hacer, Curtis?

—De una forma científica.

—¿Qué quieres decir?

—No te lo contaré, nena. Es un poco complicado. Además, no me conviene que estés al corriente de los detalles. Cuando Delaney haya muerto, la policía te interrogará y también te darán preguntas los demás muchachos, especialmente Barry Stevens.

Stevens era el otro hombre de confianza de Harry Delaney.

—Ese bicho repulsivo —dijo Carol.

—No estoy muy seguro de que Barry ignore nuestras relaciones.

La cara de Carol se puso pálida.

—¿Crees que lo sabe?

—Te digo que no estoy seguro. Hay momentos en que juraría que está al corriente por la forma en que me mira, en que me habla, pero luego me digo que lo nuestro lo hemos llevado bien en secreto y que esa forma de mirarme y hablar es corriente en Barry porque él me odia con todas sus fuerzas.

—Es un perro fiel de Delaney.

—Ya lo sé, nena, un condenado perro, pero esta vez lo burlaré.

El teléfono se puso a sonar y Carol dio un grito, sobresaltada.

Los dos miraron el teléfono que seguía sonando.

—Anda, nena, tómallo. Es él.

—¿Por, qué no has estado en su casa para recibirle, Curtis?

—Me preparé una buena coartada. Dije a Barry que tenía que marcharme a Filadelfia para resolver un asunto de importancia. Dentro de una hora apareceré allí. Nena, contesta de una vez.

Carol avanzó lentamente hacia la mesa y atrapó el micro.

—Eh, Carol —la joven cerró los ojos. Era la voz de él—. ¿Cómo estás, nena...?

Curtis dijo:

—Trátalo como siempre. Recuerda tus comienzos de actriz. Procura dar una nota sincera.

—Harry querido —murmuró—. Cuánto me alegro de que por fin haya llegado este día.

—Pensé que estarías aquí para recibirme.

—Harry, no quería, verte allí con tanta gente... Y pensé que sería mejor que estuviésemos a solas... He estado esperando tu llamada... Harry... Ven.

—Oye, nena, ahora no puedo. Está aquí toda mi gente... Bueno, solo falta el estupendo Curtis. Harry me dijo que tuvo que irse a Filadelfia, pero también él vendrá... Anda, arréglate. Te mando un coche para que te traiga.

—Como quieras, Harry, pero hubiese preferido...

—No te preocupes. Mi casa es grande —Delaney soltó una risotada—. Siempre habrá alguna habitación donde podamos estar tú y yo, sin que nadie nos moleste. Al que se atreva a meter la cabeza por la puerta, lo degüello.

—Sí, Harry.

—Ponte muy guapa. Los muchachos han traído a sus esposas o a sus novias. Quiero que seas la reina de la fiesta... Tendrás ahí el coche dentro de media hora. Hasta luego, dulzura.

Carol, oyó como Harry colgaba y ella lo hizo a continuación. Se volvió como una fiera mirando a Curtis, que permanecía muy tranquilo bebiendo un vaso de *whisky*.

—Se me ha puesto la piel de gallina, Curtis... míralo.

Él fue a su lado y le atrapó el cuello con la diestra.

—Nena, estamos de acuerdo y es lo importante...

—No podré resistirlo.

—Tienes que hacerlo.

—Pero, ¿hasta cuándo, Curtis? ¿Cuándo lo harás?

—Muy pronto. Quizá sea esta misma noche... todo lo más mañana.

—Querido...

Unieron sus labios y más tarde, Curtis dijo:

—Tengo que marcharme.

—Oh, Curtis, será para mí un infierno estar allí a su lado y verte a ti.

—Piensa que muy pronto podremos estar juntos para siempre.

—¿Qué pasará cuando él esté muerto? Me refiero a la organización.

—Al principio llegaré a un acuerdo con Barry Stevens, pero luego...

Ella le sonrió.

—Te quedarás solo.

—Sí, nena, ya puedes estar segura de ello... Curtis Wade será el único jefe de la organización, el que dará las órdenes. Y tú estarás a mi lado.

CAPÍTULO III

Leo Kipling sopesó el cuchillo que tenía en su mano. La hoja brillaba reluciente.

Llamaron a la puerta de la cabaña y Leo volvió la cabeza. Frisaba en los cincuenta años de edad y era de mediana estatura, encorvado. La piel de su frente estaba muy arrugada, la barba crecida. Se cubría con un abrigo raído por los bordes, camisa sudada y sucia, y corbata negra, un pingajo lleno de manchas de aceite y grasa.

—¿Quién es? —preguntó.

—Joe.

—Vete, Joe. Quiero dormir.

—Necesito hablar contigo con urgencia. Abre, por favor, Leo.

—Ya me lo dirás mañana.

—Ha de ser hoy... esta noche... ahora mismo.

Leo titubeó unos instantes, pero por último dejó el cuchillo sobre la mesa y acudió a abrir.

Joe Burr entró en la cabaña. Era otro vagabundo como Leo Kipling y también se cubría con un abrigo. Tenía la nariz colorada y Leo supo que no era por el frío sino por el *whisky* que había ingerido.

—¿Cómo van las cosas, Leo? —forzó una sonrisa su visitante.

—Muy bien. ¿De qué querías hablarme?

Joe echó una mirada por la estancia. Vio la mesa desvencijada, las dos sillas, una de las cuales estaba falta de su primitivo asiento y le habían sido claveteados unos maderos. Contra la pared estaba el jergón y sobre él vio el diario extendido por la primera página donde se exhibían unos gruesos titulares: «Harry Delaney en libertad».

—Leo, quería hablarte de eso.

—¿De qué?

—Ya lo sabes, de Harry Delaney. Estoy preocupado por ti...

—¿Por qué has de estarlo?

—Desde que te conozco, he oído muchas veces que algún día matarías a Harry Delaney.

—Sí, creo haberte hablado alguna vez. —Leo le sonrió—. Pero estaba borracho. No sabía lo que decía...

—Lo dejarás en paz, ¿verdad, Leo?

—Desde luego.

—Si yo estuviese en tu lugar, ni siquiera iría a verlo.

—Ya veremos.

—Comprendo que él arruinó tu vida, que te robó aquel invento, la fórmula Química de ese producto para la industria del automóvil. Según me dijiste, ha reportado a Delaney trescientos mil al año. Ahora serías millonario...

—Cállate —los ojos de Leo refulgieron como los de un loco.

—Es difícil olvidarlo, ¿eh, Leo?

—Muy difícil —dio unos pasos por la estancia, frotándose las manos sobre el estómago—. No solo perdí mi invento y el dinero que me hubiese reportado. Me abandonó la mujer con la que me iba a casar... ¿Lo oyes? Yo la amaba. La quería por encima de todas las cosas del mundo... Eso es lo que le debo a Harry Delaney.

—Ya han pasado unos cuantos años, Leo. ¿Por qué no empiezas de nuevo? Eres un hombre culto... Estoy seguro de que te podrías colocar en cualquier laboratorio. Volver a descubrir algo importante.

—No, Joe, ningún laboratorio me admitiría. Mira mis manos. ¡Míralas! —alargó las dos manos temblorosas hacia Joe—. ¿Qué puedo hacer con ellas...?

Anda, dímelo. ¿Qué se puede hacer con estas manos?

—Deja de beber.

Leo lanzó una risotada.

—Deja de beber... Y me lo dices tú... ¿Lo has dejado tú, Joe?

—Bueno, yo no soy un químico... No soy nada. Empecé a vagabundear cuando tenía quince años y ahora tengo treinta y dos, aunque algunos me echan cincuenta. Siempre me gustó esa clase de vida... Pero tú no, eres de los nuestros... Tú eres un hombre que vale, Leo. Has de encontrarte a ti mismo... Tienes que hacerlo.

—Sólo me podría encontrar a mí mismo de una forma... Matando al hombre que arruinó mi vida.

—Oh, no, Leo, no puedes hacerlo. Nadie puede tomarse la justicia por su mano. Nadie puede matar a un semejante... Ya recibirá su castigo.

Leo rio con los dientes apretados.

—Ya lo recibió. Ha estado cinco años en la cárcel y ahora Harry Delaney sale a la calle otra vez y vuelve a tomar las riendas de su organización. De nuevo veremos al poderoso Delaney en su trono dirigiendo a su gentuza, saqueando, robando... Nuevamente tendrá todo lo que un hombre puede apetecer... Harry Delaney, «El Grande» empieza el segundo período de su reinado.

—Nadie puede conocer lo que el destino depara a los hombres.

—El destino... Me río yo del destino. La vida, me ha enseñado que los hombres recogen lo que han sembrado...

—También Harry Delaney recibirá el suyo.

—Me has engañado. Sigues pensando en matarlo.

—No, no lo mataré. Puedes irte tranquilo... Anda, déjame dormir.

—¿Qué es ese cuchillo...? Nunca te lo vi antes.

—Lo compré hace unos días, el otro estaba roblonado. Necesito un cuchillo para cortar pan, para mí casa.

Joe lo miró fijamente a los ojos y Leo permaneció un rato inmóvil hasta que de pronto estalló.

—¿Desde cuándo tengo que darte cuenta de mis actos? ¿Quién te crees que eres?

—Soy tu amigo.

—No he tenido nunca un amigo, ¿lo oyes? ¡Tú tampoco lo eres!

Joe cabeceó con un gesto de tristeza.

—Creí que me tendrías afecto, después de los años que hemos pasado juntos.

—Olvídalo. Te soporté porque eras la única persona que me hablaba.

Joe miró obra vez la hoja afilada, el mango de hueso.

Caminó hacia la mesa y tomó cuchillo.

—¡Deja eso ahí! —gritó leo.

—Me lo voy a llevar.

—No.

Sé por qué lo compraste. Lo estabas mirando mando llamé a la puerta. Veías la hoja hundida en el cuerpo de Delaney.

Leo proyectó el maxilar inferior hacia delante.

—Te he dicho que no te inmiscuyas en mi vida. Deja ese cuchillo.

Joe denegó con la cabeza.

De pronto, Leo le tiró el puño derecho a la cara.

Sonó un chasquido cuando Joe recibió el golpe en el mentón, desplomándose en el suelo, pero no abandonó el cuchillo.

Leo lo siguió en la caída y lo tomó por la muñeca armada. Dio un tirón brusco y Joe tuvo que abrir la mano, haciendo un gesto de dolor.

Cuidado, me vas a partir un hueso.

—Debería haberlo hecho para que escarmentases —dijo Leo y tomó el acero.

Joe se puso en pie, frotándose la mano que el otro había retorcido.

Durante un rato ninguno de los dos dijo nada. Al fin Leo rompió el silencio.

—Lo siento, Joe —se acercó a él y le palmeó el brazo—. Creo que me he vuelto como loco.

—No me importa lo que hayas hecho conmigo, sino lo que vas a hacer.

—Me refería a eso. Tienes razón —arrojó el cuchillo sobre el camastro.

—¿Entonces...? ¿Renuncias a matarlo?

—Sí, Joe... Cometería una barbaridad... No, no le haré.

—Me alegra oírte decir eso...

—Mañana pasaré por tu cabaña a las siete. Iremos a pescar. ¿Te parece

bien...?

—Estupendo, Leo. Te ganaré como la última vez.

—La mejor pieza será la mía.

—Aceptada la apuesta. Un trago en lo de Baynard.

Joe tendió su mano, y Leo se la estrechó, acompañándolo hasta la puerta.

—Hemos de dormir. Ya es muy tarde. Yo me ocuparé de los gusanos.

—Corriente, Joe.

Los dos amigos se despidieron y Joe salió de la cabaña. Leo cerró la puerta permaneciendo un rato en el mismo lugar. Su cara fue cambiando poco a poco, endureciendo sus facciones. Se acercó lentamente al camastro y alargó la mano hacia el cuchillo. Apretó con fuerza el mango y se quedó mirando el brillante acero.

CAPÍTULO IV

Rex Holden observó detenidamente a la rubia mientras paladeaba el *whisky* de su vaso. Era una chica digna de que se le prestase atención porque todo en ella era perfecto. Empero, en este caso, Rex Holden tenía otros motivos para dedicar su atención a la hermosa joven. Ella era Carol O'Brien, la favorita de Harry Delaney.

Carol había estado hablando con otras jóvenes durante los últimos quince minutos y ahora se apartó de ellas para ir a la mesa donde se servía la bebida.

Holden quiso aprovechar su oportunidad y avanzó rápido hacia la joven.

—Hola —dijo al llegar a su lado.

Carol lo miró, parpadeando.

—¿Nos conocemos?

—No, pero me presentaré. Soy Rex Holden, periodista del «Star».

La joven miró la puerta cerrada que había al fondo.

—¿No debería estar allí, señor Holden?

—Oh, sí, se refiere a mis compañeros. Todos están reunidos con el señor Delaney, pero, si quiere que le diga la verdad, no me interesa en absoluto lo que él esté diciendo ahora. Me lo sé de memoria... «Queridos amigos, ya estoy otra vez de vuelta con ustedes. Mi experiencia ha sido muy dolorosa, pero, al mismo tiempo, sabré sacar provecho de ella. Naturalmente, yo no cometí ningún delito, solo fue un descuido de mis contables, pero el Departamento del Tesoro considero que había efectuado un fraude fiscal y yo, como buen ciudadano, acato las leyes. Se me impuso la condena y la he cumplido, observando una conducta ejemplar. Imagino que el alcaide Sheridan les habrá informado que el preso 3134 no ha sufrido una sola reprimenda en el transcurso de estos cinco años y eso prueba la clase de hombre que soy yo».

—¿Conoce a Harry?

—Nunca hablé con él personalmente.

—Cualquiera diría que lo ha tratado mucho.

—Acerté, ¿eh?

—Poco más o menos es lo que él dirá... En tal caso, usted ha venido aquí simplemente a comer y a beber, Luego hará una información parecida a la que acaba de ofrecirme a mí.

—No, señorita O'Brien. Yo quisiera ofrecer otra cosa al público.

—¿El qué por ejemplo? —preguntó la joven cautamente.

—Algo distinto a lo que van a publicar los demás... He pensado que usted podría ayudarme.

—¿Yo?

—¿Por qué no? —sonrió Rex—. Usted conoce mejor que nadie a Harry.

—Perdone, señor Holden, pero me temo que se ha hecho demasiadas ilusiones. No entiendo de política.

—No le voy a preguntar acerca de política.

—Tampoco estoy al corriente de los negocios de Harry, si es eso lo que le interesa... Sinceramente, creo que perdió su tiempo. Debió ir con sus compañeros. A Harry no le gustaría saber que usted se encuentra aquí fuera mientras él pronuncia su discurso. Plasta la vista, señor Holden.

Rex la vio alejarse y dedicó especial atención al contoneo de sus caderas.

El periodista frisaba en los veintiocho años de edad y era alto, de cabello castaño, rostro de facciones enérgicas y ojos de un azul profundo.

Vio que la joven se detenía en el camino hacia el grupo de las mujeres con las que había estado hablando. Siguió la dirección de los ojos femeninos y descubrió al hombre que aparecía en el salón. Lo identificó porque antes de llegar allí había invertido media hora en echar un vistazo a las fotografías del «gang» de Delaney, que poseía el archivo del «Star». Aquel tipo era Curtis Wade, uno de los hombres que gozaban de la confianza de Harry. El otro era Barry Stevens. Los dos, Curtis y Stevens, habían dirigido la nave durante los cinco años que el supremo jefe permaneció en la cárcel. Observó cómo él también miraba a la rubia y cómo esta se quedaba rígida. Curtis sonrió a la joven al pasar por su altura, haciendo una inclinación de cabeza.

Wade entró en la habitación donde Delaney se había encerrado con los periodistas.

—Hola —oyó de pronto Holden una voz a su espalda.

Al volverse vio una pelirroja muy mona que se cubría con un vestido verdoso de escote redondo.

—¿Me da algo de beber? Estoy sedienta.

—¿Qué prefiere?

—Un martini.

Rex le preparó un martini con cubitos de hielo.

La chica tomó el vaso con mano torpe, lo cual le hizo suponer que ya había cargado lo suyo.

Ella bebió un trago y se quedó mirando a Holden.

—Por más esfuerzos que hago no me lo imagino.

—¿Qué es lo que no se imagina?

—A usted manejando la metralleta o la pistola... Pertenece a esta pandilla, ¿verdad?

—Oiga, ¿quién es usted?

—Helen Addams.

—¿A qué se dedica, señorita Addams?

—Escribo novelas policíacas, pero no con mi nombre. Yo soy Mike Ciclón.

—Debe tener una fuerza tremenda.

Ella rio.

—Eso es lo que creen la mayoría de mis lectores y también muchas mujeres. Hay chicas a las que les gusta leer esa clase de novelas, pero hace un mes me ocurrió una terrible desgracia... Recibí una carta de un hombre que estaba en prisión. Me aseguraba que mis desconocimientos de los asuntos del hampa eran absolutos. Su crítica me llegó al alma, teniendo en cuenta que era verdad, de modo que decidí darme una vuelta por los bajos fondos.

—Y ha elegido nuestra pandilla.

—Anduve preguntando por ahí en dónde aprendería más y me dijeron que, sin lugar a dudas, cualquier chico de Harry Delaney podría darme un cursillo que me proporcionaría un título suficiente para asaltar un Banco.

—¿Puedo saber quién fue el loco que le dio ese consejo?

—Mi editor. Y fue él mismo quien me alentó a que pasase por la experiencia.

—Supongo que su editor no la habrá acompañado.

—Oh, no.

—Entonces, ¿de qué se valió para entrar en esta casa? Imagino que no habrá contado la verdad al portero.

—De ninguna manera. Un amigo de mí editor me presentó a Barry Stevens. ¿Lo conoce?

—He oído hablar de él.

—El amigo de mí editor dijo al señor Stevens que yo era una pintora.

—¿Fue suficiente?

—Le resulté muy simpática al señor Stevens.

—Oh, comprendo y, ¿ha tratado de sonsacarlo a él?

—Le hice algunas preguntas, pero no muy directas. Además, me temo que el señor Stevens no está muy dispuesto a que hablemos de los negocios del señor Delaney. Se interesó más por mí persona.

—Oh, sí, es lógico —Rex la midió de pies a cabeza.

Ella entornó los ojos.

—¿Por qué no bailamos en la sala dónde está la orquesta? Mientras tanto, usted me podría contar algo.

—¿Cuál será el precio...?

—¿Le parece bien cincuenta dólares?

—Señorita Addams, ¿por quién me toma? Debió preguntar por ahí quién es Luigi «El Navaja».

—¿Es...? ¿Es usted?
—¿Quién si no?
—Perdone si he herido su honorabilidad.
—No tiene importancia.
—¿A cómo cobra sus trabajos?
—No hago un aceiteado por menos de esto —Rex levantó la mano derecha mostrando los cinco dedos.
—Quinientos.
—Por favor, señorita...
—¿Cinco mil...?
—Ni uno más ni uno menos.
—Dios mío, mis asesinos son mucho más baratos.
—¿Cuánto cobran?
—Según los casos, pero casi nunca pasan de quinientos dólares.
—Comprendo al hombre que le escribió la carta. Usted pone perdida la profesión.

La joven lo miró perpleja y bebió de un solo trago el contenido de su vaso.

—¿Por qué bebe tanto, señorita Addams?
—Para armarme de valor. ¿Cree que si no hubiese bebido otros cinco martinis antes podría estar serena escuchándole a usted?
—Bueno, no hace falta que se lo tome tan en serio. Le diré una cosa. Estoy dispuesto a darle información.
—Pero, señor «Navaja», perdón, Luigi...
—Oh, puede llamarme «Navaja», si quiere. Me gusta más.
—Quería decirle que yo no puedo darle cinco mil dólares.
—¿No tiene a nadie a quién despachar?
—Me pilla usted desprevenida, señor «Navaja»... Oh, qué aturdida estoy. Quise decir que lo único que me interesa es su información, pero no puedo ofrecerle el dinero que usted pide... Estoy dispuesta a llegar hasta los cien dólares,

Rex se pellizcó pensativo el lóbulo de la oreja.
—Bueno, quizá hagamos el negocio.
—¿De veras, señor «Navaja»?
—Ande, vayamos a bailar.
Fueron a la habitación vecina donde medio centenar de parejas bailaban el «twist» que interpretaba una orquesta de cinco negros.
Rex enlazó por el talle a Carol y se pusieron a bailar.
—¿Casada?
—Todavía no.
—Entonces, ¿hay un hombre?
—Sí.
—¿Quién es?

—Cecil Shaw. Trabaja en un Banco.

—¿Cuándo se casarán?

—Deberíamos haberlo hecho ya, pero Cecil está construyendo una casa en las afueras de la ciudad. Le gusta el campo. Ha de pasar todo el día en la oficina. Es un hombre con ideas muy modernas... Eh, oiga, estamos perdiendo el tiempo.

—¿Usted cree?

—Concertamos este baile para que usted me informase acerca de su trabajo.

Es la mar de sencillo. Se les coge por la oreja y luego, zas.

—Es increíble... ¿Cómo pueden estarse quietos?

—Señorita Addams, los adormezco antes.

Ah, ya entiendo, lleva una botella de cloroformo.

Una bolsa con perdigones. Es mucho mejor y más rápido...

—Señor «Navaja», es usted un bruto. ¿Cómo puede tratar así a sus clientes? Nunca lo hubiese creído.

—Oiga, ¿cuántas novelas ha escrito?

—Unas cuatrocientas.

—Ya entiendo, e imagino cómo matan sus asesinos. Cuando sus víctimas están sentadas en un sillón, abren la ventana para que cojan una pulmonía.

—Casi siempre empleo el veneno —levantó Carol la barbilla con altivez.

¿Se lo sirve con la leche o les pega dos rociadas con un pulverizador?

—Señor «Navaja», tengo que decirle que es usted desagradable.

—Oh, perdone, he herido su amor propio. Pero tenga en cuenta que usted empezó primero.

—No discutamos más y, por favor, si quiere seguir hablando conmigo, hágalo de su profesión.

De pronto oyeron una voz:

—Buenas noches, señorita Addams.

La joven se apartó de Rex y sonrió al hombre que la saludaba.

Rex Holden identificó también a aquel tipo. Era Barry Stevens, un pelirrojo de sienes y mejillas hundidas, ojos verdosos, que debía estar por los cuarenta y cinco años de edad.

—Gracias por haberme invitado, señor Stevens.

Y yo me felicito porque usted haya aceptado la invitación, señorita Addams.

Durante su ausencia he conocido a uno de sus hombres.

—¿De veras? —dijo Barry y miró a Rex.

Luigi «El Navaja» me ha hecho los honores, señor Stevens siguió diciendo la joven.

De modo que Luigi «El Navaja» —repuso Barry, y entornó los ojos.

Detrás de él había dos hombres que escuchaban aquel diálogo.

Muchachos dijo Stevens—. ¿Lo conocéis?

No. Es la primera vez que viene —contestó uno de los tipos, el más alto.

—Bueno, señor «Navaja» —sonrió Stevens—. Creo que, tal como están las cosas, tendrá que establecer su identidad.

La joven agrandó los ojos.

—¿Quiere decir que este hombre no es la persona que me ha dicho?

No, señorita Addams. Es un perfecto desconocido. ¿Cómo logró entrar aquí y quién es usted?

Rex Holden, del «Star» — sacó su credencial y la alargó a Stevens.

Barry comparó la fotografía con el original.

—Aquí no nos gustan los periodistas entrometidos, señor Holden.

La joven intervino, indignada:

—De modo que me ha engañado...

—Sólo traté de hacerle pasar el rato. Según nos informó el señor Delaney, esta iba a ser una fiesta muy divertida.

—¿Qué clase de conversación sostuvo con usted, señorita Addams? —inquirió Stevens.

La joven tartamudeó:

—Un diálogo trivial. Ya sabe, solo se hizo pasar por ese «Navaja» por fanfarronear.

—Está bien, señor Holden. Por lo que veo, solo se trata de una pequeña travesura... Puede continuar en la casa, pero olvide las fanfarronerías.

Rex guardó su documento, hizo una reverencia a la joven y regresó al salón donde había conocido a la novelista.

Harry Delaney se encontraba junto a la mesa de las bebidas, rodeado de sus colegas de la Prensa. Todos tenían una copa en la mano.

Harry levantó la suya.

—Brindo por la prosperidad de todos, caballeros.

Rex descubrió a la rubia, quien tampoco estaba mirando a Delaney, sino a Curtis Wade, cuya cabeza sobresalía del grupo, por ser el más alto.

Tras el brindis, Delaney dijo con voz alegre:

—Ahora diviértanse, amigos. La noche es de ustedes. Mi casa está a su disposición.

Roy Parker, del «Centinel», se acercó, a Holden.

—Eh, no te vi ahí dentro, Rex.

—No entré.

—Pues te perdiste un buen discurso.

—¿Sí?

—Se refirió a que había pasado una terrible experiencia, pero que había sido provechosa. Protestó por el juicio, ya que no cometió ningún delito, y todo se debió a una negligencia de sus contables... También dijo que el

alcaide de la prisión había estado muy contento por la conducta que había observado durante el tiempo de su condena.

—Magnífico.



Leo Kipling se destrozó hacia la casa...

—Bueno, ahí lo tienes todo. Ya puedes dar la información a tu diario.

—Eres un gran amigo, Roy. Sin ti estaría perdido, pero, ¿por qué no completas tu trabajo?

—La verdad es que no agregó nada más. Sólo que invirtió cerca de media hora en codo el discurso.

—Me refería a otra persona, a Carol O'Brien.

—Oh, sí, la amiga de Harry.

—¿Qué sabes de ella?

—La chica trabajaba en un teatro cuando Harry Delaney la conoció. Oreó que interpretaba un tercero o cuarto papel. Según los críticos, era bastante mala como actriz, pero compensaba esos defectos con su físico. En realidad, la chica solo podía lograr una cosa justo lo que ha conseguido: que un tipo podrido de dinero pusiese los ojos en ella. Y no hizo mala cosa, ¿eh, Rex?

—¿Cuándo la conoció?

Un par de años antes de que lo metiesen en la cárcel. Imagínala con siete años menos... Un bombón. Aunque yo diría que ahora está mucho mejor.

—Cinco años con su hombre en la cárcel...

—¿Eh?

—Me estaba refiriendo a que esa chica podría ser elegida «Miss Fidelidad».

—Oye, ¿existe ese concurso?

—Sólo fue una ocurrencia mía.

No estaría mal eso. ¿Por qué no buscamos que patrocine la idea una casa comercial? ¿Sabes que podríamos ganar millones?

Te vendo la idea por cinco dólares.

—Eh, chico, otro sablazo no —saltó Roy

Hay otro personaje del que quisiera saber un poco más de lo que me han contado: Curtis Wade.

Parker le relató la historia del encuentro casual de Delaney y Curtis, y de la ascensión meteórica del muchacho.

Parece que el chico es ambicioso —comentó Holden —y que sabe utilizar bien sus dotes persuasivas. ¿Qué tal se llevan Curtis y Barry Stevens?

—Oye, ¿qué eres tú? ¿Un periodista o un pueblerino recién llegado a Nueva York?

—¿He de recordarte que he pasado los últimos ocho años en Europa y que solo llevo aquí un mes?

—ESTÁ bien, no te sulfures; sus relaciones son muy cordiales. Antes de marcharse a la cárcel, Delaney dividió entre ellos los poderes, y cada uno

se ha preocupado de hacer su trabajo, sin inmiscuirse en el del otro. Por otra parte, Delaney no ha dejado de dirigir el negocio, a pesar de su estancia en la cárcel. Según me dijeron hace un par de años, había sobornado a cuatro o cinco vigilantes, que le hacían el trabajo de criados y mensajeros. Ya conoces la letra de la canción, muchacho. Todo lo puede el dinero... ¿Sabes que Delaney ha recibido centenares de telegramas de felicitación? Nos ha dejado que leyésemos algunos. Te aseguro que me han hecho sonrojar.

—¿Por qué?

Uno está firmado por Keath a secas, y apuesto a que se trata del senador. Hay otro de un tal Orring Nelson, y también estoy dispuesto a jugarme el cuello a que es uno de los miembros de la Suprema Corte en cierto Estado del Atlántico. Hay telegramas de personalidades de las artes, de los negocios, de la televisión... Ahí lo tienes, ese es el gran hombre, Harry Delaney, una sanguijuela, que chupa la sangre a millones de ciudadanos. Y ahora, una gran representación de nuestras fuerzas vivas, le dice: «Estamos muy satisfechos de que haya salido de la cárcel, señor Delaney. Puede seguir chupando sangre siempre que nos dé una parte»

—Cuidado, muchacho, te pueden oír.

—¡Al diablo! No me importa que lo oigan.

—No es así como se puede acabar con esto, Roy. No sirve de nada pregonar a los cuatro vientos lo que millones de personas saben.

—Quizá tengas razón —asintió Roy—. Soy un romántico... ¿Te hablaron alguna vez de que se habían acabado?... —dejó el vaso en la mesa. Bueno, yo me largo. Ya tuve bastante Delaney por esta noche. ¿Vienes conmigo?

—Antes he de evitar que Caperucita caiga entre las garras del lobo.

—De modo que no perdiste el tiempo mientras estuvimos dentro. ¿Quién es la chica?

—Ya te lo contaré. Nos veremos mañana en lo de Norton.

Holden le hizo un saludo y se dirigió nuevamente al salón de baile.

Entre las parejas no estaba Helen, pero descubrió a los guardaespaldas de Barry defendiendo una puerta, y fue hacia allá.

—Eh, no se puede pasar —dijo el más grandullón.

—Sólo voy a telefonear —repuso Rex, y antes de que los otros lo pudiesen evitar, abrió la puerta y se coló dentro.

Helen Addams se encontraba en un rincón de un diván, donde indudablemente había ido a parar apartándose de Stevens durante los últimos minutos, pero Barry no se había arredrado y ahora estaba al lado de la joven, inclinado sobre ella. En ese momento se disponía a pasar el brazo por los hombros femeninos.

—¿Molesto? —dijo Rex.

Los dos guardaespaldas se habían colado en la estancia sin alcanzar a

Holden.

Barry dio un respingo.

—¿Otra vez usted?

—Perdone, señor Stevens, pero acaban de hacer una llamada para la señorita Addams... Su amiga Olga. Un gato se ha colado en el estudio de la señorita Addams y ha despedazado un bodegón... El del pescado, señorita Addams.

—Dios mío —saltó la joven, poniéndose las manos en las mejillas—. Llevo más de un mes trabajando en ese cuadro... Qué horrible. Gracias por todas sus amabilidades, señor Stevens.

Salió precipitadamente de la estancia y Rex hizo un saludo con la mano para ir tras la joven.

—¡Detenedlo! —gritó Stevens.

Los dos matones cubrieron la puerta.

Rex se volvió hacia Barry, cuyos ojos refulgían como dos esmeraldas.

—No me gusta usted, Holden.

—Debo comunicarle que el sentimiento es reciproco.

—No quiero volver a verle.

—Quién sabe...

Apúnteselo bien en la cabeza. Cuando yo doy una orden es para que se cumpla.

—¿Ya terminó?

—Sí.

—Entonces le daré mi respuesta. Sólo acepto órdenes de mí patrón. Tampoco debe olvidarlo usted en lo sucesivo.

De pronto, el matón más alto puso en camino su puño.

Holden se agachó rápidamente y los nudillos del gigante únicamente le rozaron la piel. Contestó con un terrible zurdazo en el hígado y fue bastante para que su enemigo se abatiese en el suelo, lanzando aullidos de dolor.

El pequeñajo se abalanzó sobre Rex, quien estaba agachado y solo hizo queirse hacia adelante y levantarse.

Pegó un terrible cabezazo en el maxilar inferior del fulano, el cual retrocedió tambaleándose, puso los ojos en blanco y finalmente cayó despatarrado.

El gigante se debatía en la alfombra con el rostro amoratado.

Rex se volvió hacia Stevens, quien observaba, coda la escena inmóvil, los ojos un poco agrandados por la sorpresa.

—Recuérdelo. Usted no me dará a mí ninguna orden.

Luego dio media vuelta y salió de la estancia.

Caminó por los dos salones sin ver a la chica, entonces bajó rápidamente por la escalera. Un coche salía de la plaza de estacionamiento y salió a su encuentro.

—Eh, señorita Addams, ¿puede llevarme? Vine con un compañero.

La joven había frenado bruscamente.

—Está bien, Luigi «Navaja». Puede entrar.

Rex se sentó, sonriente, junto a la joven, la cual echó a correr su convertible.

—¿Qué tal su experiencia con el señor Stevens?

Helen Addams habló muy deprisa.

Preferiría que se ahorrara los sarcasmos. No crea que me salvó la vida. Yo me podría haber defendido sin su ayuda.

—Desagradecida.

En todo caso, hemos quedado a la par. Me engañó como a una colegiala y más tarde rectificó. No esperará que le deba gratitud toda la vida.

—Sólo le exijo que acepte mi invitación.

—¿Exigirme?

—Claro. Me consideraría bien pagado.

—La respuesta es no, señor Holden.

—¿Acaso teme que sea como Stevens? Le prometo no hacerle el amor, no se preocupe.

No puedo aceptar su invitación porque ya le he dicho que soy una chica que se va a casar. Usted tendrá muchas amigas con la bandera levantada.

—Me gusta usted más que ellas.

—Oiga, nos hemos conocido... hemos hablado un poco... Fue todo muy divertido. Usted me tomó el pelo y me lo tengo merecido. No volveré a tomar en consideración las cartas de mis lectores. Eso es lo que he aprendido esta noche, señor Holden, y no fue solo el señor Stevens quien aumentó mi experiencia. También aportó usted su granito de arena.

Rex fue a hablar, pero ella se lo impidió.

—No insista, señor Holden. No va a conseguir nada ¿Dónde quiere que le deje?

—Ese bar de la esquina es bueno.

—Y ahora adiós, señor Holden. Tenga cuidado con la navaja cuando se afeite, no vaya a perder su privilegiada cabeza. Sería un lamentable descuido.

Holden se puso a aplaudir.

—Muy mordaz. ¿Sabe una cosa...? Mañana compraré un par de kilos de sus novelas.

—Procure que se las pesen bien. A mí me robas cincuenta gramos en cada medio kilo de mantequilla —Hasta mañana a las nueve, que pasaré a recogerla. A propósito, no me dio su dirección.

La joven cerró los ojos y suspiró cuando los volvió a abrir.

—Oiga...

—Tendrá que salir conmigo.

—¿Qué es eso de que tendré? ¿Puedo deducir que me está imponiendo

que salga con usted?

—Ha entendido perfectamente, señorita Addams. Helen puso cara de sorpresa y abrió la boca haciendo una «o». Holden le enseñó los dientes en una sonrisa mientras decía:

—Oreo que a Cecil Shaw, funcionario de la Banca no le gustaría mucho saber en qué clase de antro se introdujo su prometida esta noche.

—Conque es eso, chantaje.

—Ajá.

—¡Señor Holden, es usted...!

Rex abrió la portezuela y después de bajar del coche preguntó:

—Por favor, ¿a dónde he de ir a recogerla?

La joven inspiró dos veces, puso el coche en marcha y cuando arrancaba gritó:

—Calle Sesenta y tres Este, doscientos treinta y cuatro, puerta C.

El vehículo salió disparado como un bólido y Rex quedó en la acera, sonriendo jovialmente.

CAPÍTULO V

Leo Kipling se deslizó hacia la casa, por entre les setos del jardín. Había saltado el muro, valiéndose de una cuerda y un garfio que había escondido para servirse también de él para escapar.

Había permanecido cerca de veinte minutos tumbado en el suelo porque los dos centinelas del portón enrejado paseaban de un lugar a otro, y había un trozo de terreno demasiado peligroso porque se encontraba libre de árboles y de floresta.

Aprovechó la oportunidad que le brindaron los dos centinelas cuando se pusieron a liar un cigarrillo mientras hablaban.

Leo se había movido arrastrándose por el suelo hasta llegar a un lugar donde otra vez quedó a cubierto.

Luego invirtió quince minutos en llegar a la casa, pero nuevamente el corazón le golpeó fuerte en el pecho cuando oyó pasos a sus espaldas. Otro centinela rondaba por allí.

Contuvo el resuello, empequeñeciéndose junto a un rosal.

El centinela pasó tan cerca de él que, con solo alargar la mano, lo hubiese podido tocar.

Cuando pasó el peligro, dejó escapar el aire que había retenido en sus pulmones y se deslizó por junto a la casa. Se dijo que la suerte se hallaba de su lado cuando encontró una ventana abierta.

Saltó al interior. La habitación estaba oscura.

De repente oyó una música.

Conocía bien los instrumentos. Era un violoncelo. Alguien en la habitación adyacente estaba escuchando un disco donde estaba grabado un concierto para violoncelo.

Al fondo vio brillar el picaporte de una puerta adyacente.

Se deslizó sorteando los obstáculos que encontró en su camino, dos sillones y un diván, porque sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad.

Llegó ante la puerta y permaneció a la escucha.

El violoncelo continuaba sonando y ese era el único ruido que procedía de aquella habitación.

No sabía si la puerta estaba cerrada con llave. Puso la mano en el picaporte y lo hizo girar pulgada a pulgada.

Se produjo un pequeño chasquido.

Impulsó la puerta.

No, no habían echado la llave. Estaba abierta.

De pronto se detuvo al oír una voz:

—¿Me echaste mucho de menos, nena?

—Mucho, Harry.

—He notado en ti algo raro, Carol.

—¿El qué?

—No sé cómo expresarlo. Quizá sea tu forma de mirar.

—Soy la misma, querido.

—Este año viniste muy pocas veces a verme. Cuatro o cinco.

—Pero, Harry, tú mismo me dijiste que fuese a Miami. Me encontraste muy pálida y dijiste que el sol de Florida me broncearía la piel.

—¿A quién encontraste allí?

—A nadie.

Era falso. Curtis Wade se había reunido con ella, y la semana que permanecieron juntos fue maravillosa.

Ahora iremos tú y yo. Sí, nena. Los dos iremos a Miami. ¿No ves mi piel? Soy yo el que la tiene pálida...

—¿Cuándo, Harry?

Mañana mismo. Quiero llegar cuanto antes.

—El caso es que me gustaría demorásemos la partida unos días.

—¿Por qué, Carol?

—Me estoy haciendo unos vestidos y no los tendré hasta la semana próxima.

Al diablo con eso. Puedes comprar todos los vestidos que necesites en Miami.

—Se trata de modelos exclusivos.

También allí hay modistas. Te compraré una docena de modelos exclusivos.

—Muy bien, Harry.

—Parece que estás nerviosa.

—¿Yo?

—Sí, lo estás. ¿Cuál es el motivo?

Ese disco. Es la segunda vez que lo pones.

—No entiendes de música. Es precioso. «Concierto número tres», de Polawsky, para violoncelo...

—No sé qué tiene esa música para que la encuentres bonita.

—Yo te lo diré. Imagino el mundo a mis pies y yo sentado en lo alto con los brazos levantados. Todos empiezan a aclamarme, primero suave... como ahora... Escúchalo, ¿no oyes el clamor?... Es apagado, como un murmullo. Y va subiendo... Subiendo... ¡Fuerte!... ¡Quiero oírla más fuerte! ¡Vamos, gritad!... ¡Quiero oíros a todos!

La joven se echó a reír.

—¿De qué te ríes, estúpida? —preguntó Harry con voz seca.

—De ti. Estabas muy gracioso.

Leo Kipling oyó el restallido de una bofetada y luego un cuerpo golpeó contra el suelo.

¡Harry! —gimió la mujer por encima de las notas del violoncelo.

—¿Por qué me has exasperado? ¿Por qué?

—Lo siento, Harry.

—Alárgame, ese vaso.

Leo oyó los pasos de la mujer mientras iba por si vaso y regresaba...

—Anda, nena, déjame solo. Si no te gusta ese concierto, yo quiero escucharlo. Subiré dentro de un rato... ¡Fuera!

Leo oyó cómo la puerta se cerraba.

Abrió poco a poco y miró por el resquicio.

Vio a Harry Delaney sentado en un sillón, de espaldas a él.

Metió la mano en el bolsillo, aferrando el mango de hueso, y se dispuso a entrar en la habitación.

En aquel momento terminó el concierto para violoncelo.

El disco siguió girando y luego se detuvo.

Harry Delaney se puso en pie y Leo atrajo hacia sí la puerta, cerrando.

Oyó el tintineo del vaso cuando Harry lo dejó en la bandeja. Al cabo de unos segundos, el mismo disco empezó a girar y se inició otra vez el concierto.

Harry inició el regreso hacia el sillón y se dejó caer dando un suspiro.

Leo decidió esperar a que Delaney soñase que estaba en lo alto de una roca con los brazos levantados, ante una multitud que empezaba a aclamarlo con un murmullo hasta terminar en un griterío...

Transcurrieron cinco minutos.

Sí, ahora no escuchaba ningún raído. Delaney debía estar ya en un estado muy parecido a la hipnosis, sugestionado totalmente por el violoncelo.

Abrió la puerta y vio al jefe del «gang» sentado en el sillón, inmóvil, la cabeza apoyada en el respaldo.

Empezó a avanzar hacia él con el arma en la mano, silenciosamente.

Las notas del concierto fueron subiendo de tono, cada vez más fuerte, y por unos momentos también.

Leo Kipling creyó que un público invisible estaba aclamando sigo.

CAPÍTULO VI

El teléfono sonaba insistentemente.

Rex despertó de su sueño, consultando el reloj.

Eran las tres y media de la madrugada.

—¿Quién es? —preguntó con voz todavía soñolienta.

—Tienes tres minutos para vestirme, Rex.

Era aquel viejo búho de Douglas Jones, que parecía no tener necesidad de dormir. Había ganado una vez el premio Pulitzer de periodismo y era el jefe de redacción del «Star».

—¿Qué pasa, Doc? La noche pasada estuve en Nueva Jersey por aquello del incendio de la fábrica de caucho, y apenas pegué ojo.

—Muy bien, llamaré a otro si no te interesa el asunto. Después de todo, solo se trata de que asesinaron a Harry Delaney.

—¿Cómo ha ocurrido eso? —gritó Rex, ya con los sentidos alerta.

—El asesino lo mató con un cuchillo; se llama Leo Kipling y es un vagabundo.

—¿Dónde lo mató?

—En la propia casa de Delaney. Utilizó una cuerda provista de un garfio para saltar el muro. Entró por una ventana, llegó a la habitación donde se encontraba Delaney a solas y lo despachó.

—¿Motivo?

—Hace ocho años, Harry le robó una fórmula química a Leo Kipling. Y eso es todo. ¿O es que crees que voy a hacer yo la información?

—¿Dónde está el detenido?

—En el Precinto Veintitrés. Se presentó allí para entregarse. Un policía amigo me dio el soplo.

—¿Quién se encarga, del asunto?

—El teniente Lawrence Murphy. Ten cuidado, es un hueso.

—Corriente, viejo. Ahora me pongo en marcha.

Será un trabajo difícil. Por eso he echado mano a ti, al más caradura de la redacción.

—Gracias.

No te dejarán entrar en la casa, y el teniente no dará información hasta, mañana. Es su manera de trabajar. Tendrás que utilizar la inteligencia para sacar ventaja a los demás.

—Lo intentaré.

—Esas palabras no me sirven. Quiero una información completa y que

sea original. No juegues a la pelota conmigo y me devuelvas las noticias que te he dado. ¿Queda claro?

Oiga, jefe, ¿por qué no me hace un favor un día de estos y se va a que le vea un siquiatra...?

—Cuando tenga necesidad de uno, te pediré la dirección del tuyo —repuso Jones, y colgó con un fuerte golpe.

Veinte minutos más tarde, Rex introducía el coche en uno de los pocos huecos que quedaban libres cerca del Precinto.

Empujó la puerta y vio en uno de los bancos a un enjambre de periodistas. Su amigo Parker le salió al encuentro.

—Infiernos, creí que sería el primero en llegar —exclamó Rex.

—Mi periódico tenía aquí un muchacho que dio el aviso. Justamente fue a soltarlo en el bar de Jim, cuando estaba reunido con cuatro compañeros —miró a los cuatro tipos a que se refería, que bostezaban o daban cabezadas en el banco.

—¿Habéis hablado con el teniente?

—No. Su Excelencia se ha brindado a darnos un poco de información acerca del vagabundo, y se acabó.

A continuación Parker contó lo que sabía de Leo Kipling y no hizo más que repetir lo que Holden había sabido por boca de su jefe Jones.

—¿Sacaste alguna fotografía del cadáver?

—Tampoco ha habido oportunidad. La policía intervino enseguida. Se lo llevaron a la Morgue para hacerle la autopsia.

—Bueno, se me ocurre que podemos ir allí.

—El teniente ha puesto centinelas. Tampoco hay nada que hacer. A Murphy no le gustan las truculencias. Se podía haber fotografiado el cadáver en su casa o mientras lo sacaban, pero una vez en la Morgue, se acabó la oportunidad.

—¿Quién descubrió el «fiambre»?

—La policía.

—Debió transcurrir un poco de tiempo desde que Kipling llevó a cabo el asesinato y se presentó aquí para confesar su crimen. Apuesto a que tuvo que andar con cuidado para escapar escalando el muro con ayuda del garfio, y seguro que no tomó un taxi desde la casa de Delaney hasta aquí. Andando, hay una buena distancia. Suponiendo que Kipling hubiese pensado desde el principio presentarse a la policía, debió invertir más de media hora.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Si la policía fue quien descubrió el cadáver, quiere decir que Delaney estuvo en una habitación de la casa con un cuchillo en el pecho durante más de una hora, sin que ninguna de las personas que se encontraban allí lo descubriese.

—Oye, creo que bebiste demasiado esta noche y que todavía no has

despertado. ¿Por qué todas esas cábalas? El caso está claro. Kipling confesó que le pegó una cuchillada a Delaney. ¿Qué importancia tiene ahora el tiempo que invirtió en llegar aquí y todo lo demás...?

—Quizá tengas razón. No me hagas caso. Ya nos veremos.

—¿A dónde vas?

—A la casa.

—Vas a perder el tiempo.

—No lo perderé, si te tengo aquí a ti.

—Eh, ¿crees que voy a ser un lacayo tuyo?

Rex le palmeó en el brazo y dio media vuelta, saliendo del Precinto.

Diez minutos más tarde estacionaba junto al portón de hierro. En el interior había dos guardianes.

—Hola, muchachos —saludó—. Abrid.

Uno de los tipos rio.

—¿Quién es usted? ¿El gobernador?

—Me mandó llamar Carol O'Brien.

—Eso lo vamos a comprobar enseguida.

—Dígale que soy Rex Holden.

Era un disparo en el vacío. El centinela con quien había sostenido el diálogo entró en una casa que había a la derecha. Invirtió cinco minutos en regresar y se quedó quieto tras de la reja.

—Corriente, Jim, ábrele —dijo.

Rex les hizo un saludo y se dirigió hacia la casa.

En la plaza de estacionamiento ahora solo había tres coches.

Le abrió un criado que lo introdujo en una biblioteca.

Rex minó por una ventana hacia el jardín.

De pronto oyó una voz:

—No haga ningún cálculo, señor Holden. No fue en esta habitación donde asesinaron a Harry.

Era la rubia Carol y se cubría con un batín verde muy ceñido.

—Gracias por haberme dejado entrar.

La joven traía un humeante cigarrillo en la mano. Avanzó unos pasos y cruzó los brazos, mirando al periodista.

—¿Qué es lo que quiere?

—Saber qué es lo que hizo usted cuando descubrió el cadáver.

—¿Eh?

—¿Por qué no llamó a la policía?

—Se cree muy listo, ¿verdad?

—Conteste a mis preguntas.

—No pude llamar a la policía porque no descubrí ningún cadáver.

—No la creo. No puedo admitir que Delaney estuviese solo.

—Lo estaba.

—¿Dónde se encontraba usted?

—Se lo contaré todo, señor Holden. Venga conmigo.

Carol le hizo entrar en una sala y Señaló un sillón. —Ese es el Jugar donde Harry fue asesinado. El asesino entró por esa puerta.

—¿Dónde estaba usted?

—Arriba. Harry me había hecho salir. Después que se marcharon los invitados, él y yo vinimos aquí.

¿Para contarle la historia de sus cinco años en la cárcel?

—No. No me contó nada. Harry quería oír su concierto de violoncelo.

Rex frunció el ceño.

—¿Le gustaba eso?

Carol se fue hacia el fondo donde estaba el tocadiscos. Al cabo de unos instantes la atmósfera se llenó con las notas de un violoncelo.

Lo escuchamos juntos dos veces —prosiguió—. Yo me cansé y entonces me dijo que lo esperase arriba.

—¿Qué le pasó en la cara, Carol?

—¿Cómo?

—Se ha dado mucha pintura, y a pesar de eso le ha quedado una buena marca —Rex se fue acercando a ella. Lo noté antes... Veo la huella de dos dedos. ¿Por qué le pegó Harry?

La joven respingó indignada.

Ya estoy arrepentida de haberle dejado entrar.

—¿Por qué le pegó?

—Me reí de ese concierto de violoncelo.

Rex se acercó al tocadiscos y lo detuvo. Era el «Concierto número 3», de Polawsky, interpretado por la violoncelista Myra Nicholson.

—¿Dónde están los dos lugartenientes de Harry, Barry Stevens y Curtis Wade?

—Estuvieron aquí. El teniente Murphy se encargó de avisarles.

—De modo que, según usted, los policías se llegaron aquí para descubrir el cadáver.

—Sí.

—Y usted dormía.

—Leía un libro en mi dormitorio.

—¿Qué libro?

—Es usted muy escéptico, señor Holden.

—¿Qué libro?

—«El hombre del traje gris» de Sloan Wilson.

—Ha dicho que Harry le dijo que subiese arriba. ¿No encontró extraño que se demorase tanto tiempo? Debieron transcurrir lo menos un par de horas...

—Harry era un apasionado del violoncelo.

—¿Habló a solas con Curtis?

El rostro de la joven empezó a tornarse rojo.

—¿Qué dice, señor Holden?

—Sabe a quién me refiero, a Curtis Wade. ¿Qué existe entre ustedes?

—Nada. ¿Por qué cree que puede existir algo?

—Pura corazonada —Rex caminó hacia la puerta— Gracias por todo, señorita O'Brien.

—Un momento, señor Holden.

Rex dio media vuelta y miró a la joven con las cejas enarcadas. Carol O'Brien dijo:

—Leo Kipling, el asesino, ha confesado su crimen. ¿No es suficiente para que usted nos deje en paz?

—Corriente, señorita O'Brien. Por mí el asunto queda zanjado.

Ella le sonrió por primera vez.

—Gracias, señor Holden.

—Suerte.

Rex pasó por junto a los centinelas, despidiéndoles con la mano, y entró en su coche.

Un poco más tarde se detenía cerca del depósito de cadáveres.

Un policía le dio el alto.

—No se puede entrar.

—Rex Holden, del «Star». Sólo vengo para identificar a un amigo.

—¿Qué amigo?

—Un viejo que se colgó.

Holden conocía las estadísticas. Todos los días se colgaban tres o cuatro viejos en la gran ciudad, y la razón en casi todos los casos era la misma: senilidad.

—Está bien, pase.

Bajó por unas escaleras y abrió una puerta.

Una oleada de aire fresco le azotó la cara.

Un hombre de bata blanca empujaba una mesa sedante vacía.

Rex sacó un billete de a cinco dólares.

—¿Quién es el doctor que ha hecho la autopsia a Delaney?

El empleado aceptó el dinero.

—Es el doctor Fenn. Está en su despacho. Sólo tiene que subir la escalera.

Rex retrocedió el camino que había hecho y subió por una escalera.

Se encontró en un corredor donde había varias puertas con paneles de vidrio esmerilado. Cada una de ellas exhibía el nombre de un doctor. Abrió la que correspondía al doctor Charles Fenn.

Un hombre de unos cincuenta años, que defendía los ojos con lentes de graduación, estaba bebiendo *whisky* de una botella.

—Eh, oiga —rezongó—. ¿Por qué no llama antes de entrar?

—No se preocupe, doctor. Guardaré su secreto.

—¿Quién es usted?

—Rex Holden, del «Star».

—Un periodista, ¿eh? Lárguese.

—Oiga, doctor, he de cumplir con mi deber. ¿Por qué no me ayuda un poco? —Rex se introdujo en la habitación—. Es curioso lo que ocurre con nuestra profesión, que en todas partes somos mal recibidos. « ¿Por qué?», me pregunto yo.

El doctor Fenn bebió otro trago y se quedó observando fijamente al periodista.

—¿Qué quiere saber?

—Detalles acerca de la muerte de Harry Delaney. Imagino que las huellas del cuchillo coinciden con las de Leo Kipling.

—Desde luego.

—¿Alguna marca especial en el cuerpo de Delaney?

—Una antigua cicatriz en el pecho. Huella de un balazo.

—¿Algo más, doctor?

El médico permaneció un rato pensativo mirando el contenido de la botella, y finalmente alzó la cabeza.

—Sí, señor Holden. Tengo que decirle algo que quizá le interese.

—¿El qué, doctor?

—Cuando Leo Kipling asestó su cuchillada, Harry Delaney ya estaba muerto.

CAPÍTULO VII

Holden dejó correr unos segundos.

—¿Cómo murió Delaney, doctor?

—Envenenado.

—¿Cuál fue el veneno?

—Estricnina.

—¿Con qué lo ingirió?

—Whisky.

—¿Pudo estar moribundo y recibir la cuchillada?

El doctor Fenn sonrió.

—No, señor Holden; ya estaba muerto cuando recibió la cuchillada.

—¿Cuál es la base científica?

—He encontrado suficiente estricnina en las vísceras del cadáver. Tres o cuatro minutos después de haber ingerido el trago de *whisky*, Delaney dejó de existir.

—Permítame una objeción, doctor... No sabemos el tiempo transcurrido desde el momento en que Delaney ingirió el trago al que recibió la cuchillada. Suponga que fuesen dos minutos. En ese caso, Delaney tendría que estar moribundo.

—Sacaré el naipe del triunfo de la manga, señor Holden. La cuchillada no fue mortal. El acero no interesó el corazón. Estoy seguro de que si ese hombro no hubiese sido envenenado, habría podido vivir. El agresor lo atacó por la espalda y no alargó lo suficiente el brazo para trazar un arco que hubiese dado lugar a que el acero le hubiese penetrado recto. La hoja entró un poco oblicua y la punta tropezó con una costilla, que la desvió, alejándola del corazón. Sí, señor Holden. Tengo la seguridad de que Delaney habría podido vivir.

—¿No pudo haber ingerido el *whisky* después?

—Es una buena pregunta, señor Holden, pero tengo que contestarle negativamente. Usted es un profano en la materia, pero hicimos un análisis en el laboratorio, teniendo en cuenta el tipo de sangre de Delaney y el cuchillo que utilizó ese tal Kipling. El resultado fue absolutamente concluyente. Delaney estaba muerto al recibir la cuchillada, y lo mató la estricnina. Ese es el informe que un minuto antes de que usted llegase envié a la Brigada de Homicidios.

—Muchas gracias, doctor. Cuente con una caja de botellas de *whisky*. ¿Cuál es su marca preferida?

—Váyase al diablo.

—De acuerdo, lo elegiré yo.

Holden salió del despacho y poco después se introducía en una cabina telefónica. Marcó el número del «Star» y pidió hablar con Douglas Jones.

—Te escucho, Rex —dijo el jefe de redacción del «Star».

—¿Habéis empezado a tirar el diario?

—Sí, pero te he reservado media página.

—¿Cuál?

—La tercera.

—Ordena que paren las máquinas.

—No puede ser.

—Imagino que habéis preparado unos grandes titulares.

—Sí.

—¿Qué es lo que dicen?

—«Harry Delaney asesinado», y debajo, en letras del mismo tamaño: «Un vagabundo lo acuchilla en su propia casa».

—No sirve. Debéis sustituirlos por estos: «Harry Delaney fue envenenado con estricnina, y después de muerto, acuchillado. Un asesino le tomó ventaja al otro».

—Rex, ¿te encuentras bien?

—Perfectamente.

—¿De dónde sacaste eso?

—Del doctor que hizo la autopsia, Charles Fenn.

Rex oyó los gritos de Jones:

—¡Eh, Bill! ¡Paren las máquinas...! ¡Maldita sea...! ¿Es que no me oyes?... ¡Envíen todos los diarios al sumidero!

Rex sonrió mientras esperaba a que Jones se calmase para darle su información.

Después de haber hablado con Jones, Rex marcó el número de la casa de Delaney.

Tuvo que esperar un buen rato antes de oír la voz de un criado.

—Quiero hablar con la señorita Carol.

—Lo siento, la señorita descansa.

—Oiga, amigo, despiértela inmediatamente... Dígale que soy Rex Holden y que tengo que darle un encargo urgentísimo... Muévase sin rechistar.

Rex hubo de esperar otros tres minutos antes de oír la voz de la joven.

—¿Qué ocurre ahora, señor Holden?

—¿Está vestida, Carol?

—Sólo tengo encima un camisón.

—Póngase un abrigo y salga inmediatamente de la casa.

—¿Es que se ha vuelto loco, señor Holden?

—Oiga, Carol, la van a detener.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Bajo la acusación de haber asesinado a Harry Delaney.

La joven se echó a reír.

—Es lo más absurdo que he oído en mi vida. ¿Es usted de verdad Rex Holden, el periodista con el que hablé hace un rato?

—No haga chistes, Carol. Le aseguro que es cierto, Delaney fue muerto por estricnina, que ingirió mezclada con *whisky*. Cuando Leo le dio el cuchillazo, Harry ya se había convertido en un «fiambre».

—Me está tendiendo una trampa.

—No, Carol. Quédese unos minutos más y la atraparán. Sólo quiero hacerle un favor. Me encuentro en el Bar Topacio, calle Ochenta y nueve. Venga aquí y hablaremos. Pero dese prisa o la cazarán.

Antes de que ella agregase algo más, Rex colgó.

Salió del bar, se metió en su coche y echó a correr una vez más hacia la residencia de Delaney, pero no llegó al portón, se detuvo mucho antes, a unas cincuenta yardas.

Sólo llevaba allí dos minutos cuando vio salir un coche.

Había ubicado el suyo en un lugar envuelto en sombras.

Carol O'Brien pasó como una exhalación, conduciendo un «Cadillac».

Rex puso en marcha su coche y le hizo dar la vuelta, emprendiendo la persecución del vehículo en que viajaba la rubia.

Carol no se dirigió al Bar Topacio de la calle Ochenta y nueve. Tras una carrera de veinte minutos, detuvo el «Cadillac» junto a un edificio de doce pisos, de aspecto muy moderno.

Sacó, una llave del bolso y abrió la puerta, pasando al interior.

Rex saltó de su coche y caminó muy deprisa hacia el edificio. Echó mano a su llave maestra y abrió en pocos segundos.

Carol estaba subiendo en el ascensor. Miró la flecha indicadora, y vio que la joven se detenía en la cuarta planta. Entonces emprendió la ascensión, subiendo los peldaños de dos en dos. Se ahogaba y de buena gana se habría detenido para llevar aire a sus pulmones, pero no podía hacerlo.

Llegó arriba en el momento en que se cerraba una puerta. Era la última del fondo. Entonces se apoyó en la pared, recuperando el resuello. Al cabo de un minuto, echó a andar. Llegó ante la puerta, introdujo su llave maestra silenciosamente y la hizo girar.

Penetró en el apartamento y cerró a sus espaldas sin hacer ningún ruido.

Oyó la voz de Carol O'Brien:

—¿Por qué no me lo dijiste, Curtis?

—¿Qué te había de decir?

—Que habías puesto estricnina en el *whisky*.

—Oye, nena, ¿qué estupidez estás diciendo?

—Te he contado lo que me ha dicho ese periodista. Harry no fue muerto por Leo Kipling.

—De modo que te lo dijo el periodista. ¿Cómo sabes que es cierto?

Rex se encontró en un «living». Una puerta de la derecha estaba abierta y por el hueco le llegaban las Tocas.

Avanzó tranquilamente hacia un sillón y se sentó, cruzando las piernas. Curtis y Carol continuaban discutiendo.

Curtis, supón que dijo la verdad... La policía me acusará a mí. Fui la última persona en ver vivo a Delaney. Yo misma le serví el *whisky*.

Estás histérica. Sólo dices tonterías.

—Estoy hablando con sentido común. Supón que me detienen. Entonces harán una investigación acerca de nosotros y terminarán por saber que tú y yo...

—Cállate.

No puedo callarme ahora. Te han visto varias personas entrar en mi apartamento y también el encargado de la casa. Ellos declararán la verdad a la policía, que me visitabas todos los días. ¿Qué crees que pasará entonces?...

—Soy yo ahora quien necesita un trago —dijo Curtis, y salió de la habitación.

Se detuvo de pronto al ver allí a Holden.

El «gánster» guapo se cubría con un pijama azul celeste. Tras de él apareció Carol, quien lanzó un grito, observando al periodista.

Curtis apretó los maxilares.

¿Por qué no me has dicho que vino contigo, Carol?

—No vino conmigo.

—Ya entiendo. Era lo que yo suponía. Una trampa. Te quiso sacar de allí para ver a dónde te dirigías, y tú, estúpida, te tragaste el anzuelo.

—Es usted un canalla —exclamó Carol.

Rex sonrió.

—Ando, continúen diciendo lindezas.

—Le voy a romper las narices, y va a ser solo el comienzo Curtis avanzó sobre Rex.

Holden se puso en pie al tiempo de desviar el puño que Wade le dirigía a la cara.

Luego replicó con un derechazo al estómago y Curtis se dobló, escupiendo extraños sonidos. En esa posición tuvo que soportar la izquierda del periodista. Fue demasiado para él y rodó por la alfombra.

Carol abrió el bolso y Rex supo lo que iba a sacar de allí. Una pistola. Corrió hacia ella y saltó sobre la joven, porque ya había extraído el arma.

La tomó por la muñeca antes de que pudiese disparar. Los dos cayeron al suelo y Rex tuvo bastante con dar una sacudida a la mano de Carol para hacerle perder el arma.

La rubia le pegó un rodillazo en el estómago y Rex quedó unos instantes paralizado.

Carol gateó para recuperar el arma, pero el periodista la atrapó por el tobillo y dio un tirón fuerte.

Fue él quien tomó la pistola de pequeño calibre, con culata de marfil.

Curtis se estaba levantando, aunque lo hacía, con pocas energías y el rostro muy pálido.

Carol encogió las piernas, bajándose el ruedo de la falda.

—Traidor.

—Está bien, Holden —dijo Curtis—. ¿Cuánto dinero quiere?

—¿Por qué?

—Por marcharse y que nos deje en paz.

—¿Y qué harán ustedes?

Perderlo de vista. Con eso nos conformarnos.

No me haga reír, Curtis. Yo sé lo que hará. Largarse con ella. Debe guardar dinero en alguna parte en el extranjero... Todos los de su calaña tienen en cuenta la posibilidad de que algún día se encuentren en la mala.

—Sólo dice tonterías. No me encuentro en la mala. Le estaba dando un buen consejo, porque si insiste en esa actitud le pueden salir las cosas peor.

—Me está amenazando, ¿eh, Wade?

—Sí, señor Holden.

—¿Qué es lo que va a ordenar? ¿Qué me frían en aceite hirviendo?... ¿Qué me aten una piedra al cuello y me arrojen al mar?

—No bromea, Holden.

—Muy bien Entonces hablemos en serio. Ustedes se la jugaron a Delaney mientras él estuvo en la cárcel.

—Cierre el pico.

—Oiga, Curtis, dentro de un rato tendrá aquí a la policía. El teniente Murphy habrá llegado a la casa de Delaney y, al no encontrar allí a la paloma, la buscará por todas partes, y no es nada extraño que venga aquí.

Al fin y al cabo, usted era uno de los lugartenientes de la víctima.

—Creo que tiene razón, Curtis —intervino Carol —Dale dinero. Cómpralo para que guarde silencio.

No lo intente, Wade —opuso Rex—. Fracasaría. ¿Qué es lo que quiere, entonces?

—La verdad.

—¿A qué verdad se refiere?

—Empecé antes a contar una historia. Ustedes dos se entendieron a espaldas de Delaney, y cuando iba a salir de la cárcel llegaron a una conclusión. Ustedes no podían romper los lazos que les unían. Se querían, ¿verdad?

—¡He dicho antes que no se burle, Holden, maldito sea!

Rex hizo caso omiso de la interrupción.

—Pero no podían mantener sus relaciones, estando Delaney en circulación. Tarde o temprano, su jefe se enteraría de la verdad. Entonces decidieron acabar con Harry.

—Tiene mucha, fantasía, periodista.

—He dado en el clavo. Esa es la verdad. Les estuve observando durante la fiesta.

—No noté su presencia.

—Pregúntele a su chica.

Curtis miró a Carol interrogativamente.

—Sí, Curtis; habló conmigo antes de que tu llegases.

¿Por qué hablaste con él?

—Me hizo preguntas.

—Qué inteligente eres...

—Pero yo me aparté de su lado, Curtis. Luego se puso a espiarnos. Me di cuenta de ello. No apartaba sus ojos de mí.

—Y tú fuiste tan lista que, sabiendo eso, me miraste con ojos encandilados cuando llegué a la casa. Sólo faltó que te echases en mis brazos.

Me percaté entonces de que me observaba.

¿Por qué no dejan de reñir como el perro y el gato? —sugirió Rex—. ¿O es que no se han dado cuenta de que se encuentran en una situación peligrosa? Será mejor que me cuenten la verdad.

Curtis se pasó el dorso de la mano por la cara.

—Está bien, Holden. Es cierto lo que usted ha dicho con respecto a nosotros. Nos enamoramos mientras Delaney estaba en la cárcel. Pensábamos casarnos.

—¿Pidiendo la bendición a Delaney?

No. Es lo que usted dice. Sólo había una solución: matarle.

—Estupendo.

—La idea la tuve yo.

—Y la puso en práctica, comprando la estricnina e introduciendo una buena ración de ella en la botella de *whisky* de Harry. Naturalmente, necesitaba la colaboración de Carol. Su chica se quedó en la casa, y se encargó de escanciar el *whisky* envenenado.

—No puse la estricnina en el *whisky*. No pensaba matarlo así.

—No fue usted, ¿eh?

—No.

—¿Cómo pensaba matarlo?

Harry me iba a proporcionar la oportunidad.

—¿Cómo?

Mañana mismo. Me había dicho que quería ir conmigo a una fábrica de *whisky* que la organización tiene en Centerville. Viajaríamos los dos solos, porque quería cambiar impresiones conmigo acerca de Barry Stevens. En el

camino lo hubiese dejado sin conocimiento y luego habría arrojado el automóvil por un terraplén. Esta, misma madrugada, dentro de unas cuatro horas, habría ido a dejar mi coche en las cercanías para regresar a la ciudad, después que hubiese finalizado el trabajo.

—Pero lo encontró demasiado complicado y se decidió por la estricnina.

Le repito que no tengo nada que ver con el envenenamiento. Ha sido esa estúpida, Carol, quien me ha estropeado la combinación.

—¡Curtis! —gritó la rubia.

Los ojos de Wade refulgieron mientras la miraba.

—No quise decirte cómo lo iba a hacer por no complicarte. Pero no tuviste confianza en mí. Quizá pensabas que te estaba engañando, que no me atrevería a quitar del medio a Delaney. Por ello decidiste hacerlo por tu cuenta y echaste mano a la estricnina.

—¡No, Curtis! ¡No fui yo!

—No sabía nada de eso, pero haré por ti lo único que se puede hacer ahora. Intentaré enviarte al extranjero.

—Yo no lo maté, Curtis. Ignoraba absolutamente que el *whisky* estuviese envenenado. Te lo juro. ¡No lo sabía!

—No hace falta que hagas ninguna comedia, Carol.

—Te juro que te digo la verdad, Curtis. No lo maté. ¡Yo no lo maté!

La joven se dejó caer en el diván y se cubrió la cara con las manos, emitiendo un largo sollozo.

Curtis miró a Rex.

—Bueno, espero que usted colabore.

—¿En qué?

—Ya lo ha oído. Quiero mandar a Carol fuera.

—Usted es el que no la ha oído a ella. Es inocente.

—¿Es que la va a creer?

—Sí, la voy a creer.

—Ya entiendo. Piensa que soy yo el que le está engañando.

—Ustedes dos me dan asco.

—Holden, no le permito...

—Usted me permitirá esto y mucho más, Curtis.

Tengo la impresión de que he entrado en un estercolero. Se habían puesto de acuerdo para matar a ese hombre. Admito que Harry Delaney no era trigo limpio. Era un indeseable, pero ustedes le andan a la zaga. Forman un buen lote de tipos para meterlos en un avión e ir dejándolos caer en el océano.

Rex se movió hacia la mesa donde descansaba el teléfono.

—¿Qué va a hacer, Holden? —exclamó Curtis.

—Avisar a la policía.

CAPÍTULO VIII

—¡No haga eso! —gritó Curtis Wade.

Holden atrapó el auricular.

Curtis avanzó, pero Rex levantó la pistola de Carol.

—Un paso más y le agujereo la piel. Le juro que lo haré sin pestañear.

—Le repito que soy inocente, Holden. No tengo nada que ver con el asesinato de Delaney.

Rex marcó el número de la policía.

—¿Brigada de Homicidios...? Quiero hablar con el teniente Murphy.

—No se encuentra aquí en este momento.

—Está bien. Quiero que le pasen un recado. Carol O'Brien, la amiga de Delaney, se encuentra en el apartamento de Curtis Wade. —A continuación dio la dirección—. Dígale que se dé prisa antes de que los muchachos echen a volar.

—¿Quién es usted?

—Rex Holden, del «Star».

Curtis estaba lívido.

—Esta me las pagará, chupatintas.

—Es posible, pero antes se lo haré pagar a ustedes.

—¿Cuántas veces le he de repetir que ha sido cuestión de Carol?

La rubia saltó, descubriendo su cara. Las lágrimas, le habían Corrido el «rímel».

—Ahora comprendo tu juego, Curtis; te cansaste de mí, tú lo mataste y quieres hacerme pasar por la culpable. Por eso no me dijiste nada. Tú sabías que me iba a quedar en casa de Delaney.

Rex sacó un cigarrillo y encendió, arrojando una bocanada de humo.

—Eres una víbora, nena.

—Te conozco bien... Quieres llegar a ser el único. Te valiste de mí para prosperar al lado de Delaney. Fui quien le sugerí a él que te fuese ascendiendo. Si me encontrabas a solas, me hacías el amor. Empezaste con los requiebros antes de que Delaney fuese a la cárcel, y yo, estúpida, te creí y me fui enamorando de ti. Estaba tan ciega que no me di cuenta de que solo me utilizabas como medio para prosperar dentro de la organización.

—¿Por qué no te callas de una vez?

—¡No quiero callarme!

—¿Olvidas que este hombre es periodista y que lo dirá todo en su diario?

—Me importa un rábano que lo diga o no. Me estás acusando de haber dado muerte a Delaney, no siendo cierto. Tú lo mataste. ¡Tú solo!

Curtis echó a andar hacia ella con ánimo de golpearla, pero Rex hizo otro gesto con la pistola.

—Ya basta, Curtis.

En la estancia se hizo un largo silencio.

De pronto, Wade se echó a reír.

—¿Sabe una cosa, Holden? No existe ninguna prueba contra mí... Tendrán que soltarme, y lo harán muy pronto.

—Tampoco tienen ninguna prueba contra mí —exclamó Carol.

—Tú preparaste la botella de *whisky* con la estricnina, y hasta es posible que le dieses el vaso.

La joven palideció y se volvió hacia Holden.

—Mis huellas están en el vaso y en la botella, señor Holden... Tengo que volver a la casa para, limpiarlos.

—Nadie se moverá de aquí.

—Pero, ¿es que no me ha oído? Yo no preparé el veneno, y esas huellas me acusarán. ¡Es lo que él quiere! ¡Que cargue con el crimen!... Por lo que más quiera, Holden... ¡Acompáñeme, le daré lo que me pida! Tengo joyas por valor de más de cien mil dólares... Se las daré... Serán tuyas, se lo prometo... Tiene que ayudarme... ¡No soy culpable!

—No, Carol. No pienso ayudarles a ninguno de los dos.

La joven se desmoronó, dejándose caer en el sillón.

—Santo cielo, ¿por qué no me cree...? ¿Por qué?

En aquel momento sonó el zumbador de la puerta.

Curtis dio media vuelta.

—Quédese ahí —ordenó Rex.

Trazó un círculo para no pasar cerca de Wade, y abrió la puerta.

En el corredor había cuatro hombres. El que estaba al frente frisaba en los treinta y cinco años de edad, y era de cabello rubio y nariz aguileña.

—Teniente Murphy, de la Brigada de Homicidios.

—Quiero ver su credencial.

—Usted es Holden, ¿eh?

—Sí.

El teniente sacó su cartera y exhibió la credencial.

—¿Está ya contento?

—Quería asegurarme de que no eran una pandilla de matones.

El teniente y los tres hombres que le acompañaban pusieron cara hosca mientras se introducían en la habitación.

Curtis y Carol miraron a los policías.

—De modo que fueron ellos —dijo el teniente.

A partir de entonces el apartamento pareció convertirse en una jaula de locos. Curtis y Carol se acusaron mutuamente de haber dado muerte a

Delaney. A cada instante el teniente tenía que imponer silencio para que no hablaran al mismo tiempo. Tanto la rubia como Curtis repitieron las mismas cosas que Rex ya había escuchado mientras estuvo a solas con ellos.

Murphy había empezado a sudar.

—Holden, quiero hablar con usted. Sígame.

Se dirigieron hacia una de las habitaciones. Murphy se volvió antes de entrar.

—Ustedes, muchachos, llévense a cada uno a una habitación distinta e interróguenlos.

La estancia donde se introdujeron resultó ser el cuarto de baño.

Murphy sacó un paquete de cigarrillos y no invito a Rex. Después de encender, el teniente dijo:

—No espere que lo felicite.

—No lo he esperado en ningún momento, teniente.

—Me repelen los tipos que se entrometen en los asuntos de la policía. Hay una fauna especial que se divierte tratando de ganarnos por la mano. Está integrada especialmente por detectives privados y periodistas...

—¿Sólo quería hablarme de eso?

—Deje que termine. No me gustó que se introdujese en el depósito de cadáveres con una argucia y que luego sonsacase al doctor Fenn.

—Debo decirle que el doctor Fenn me prestó su colaboración voluntariamente. Le doy mi palabra de que no le sometí al tercer grado.

—Muy gracioso. Por si no lo sabe, usted fue informado de la autopsia antes de que yo leyese el parte en mi despacho. Por eso me tomó usted ventaja.

Holden sacó uno de sus cigarrillos y encendió.

—Bueno, Holden, ¿qué le parecen esos dos tipos, Carol y Curtis?

—Un poco duros.

—No es eso lo que le he preguntado. Uno y otro se acusan y los dos protestan de su inocencia.

—¿Quiere que le hable sinceramente?

—Eso es lo que quiero.

—Creo que ninguno de ellos lo hizo.

—¿Ninguno? Está chiflado. Uno de ellos tuvo que ser el que puso la estricnina en el *whisky*. Y yo apuesto por la chica. Tuvo más oportunidades.

—Bueno, teniente, usted es policía.

—Déjese de ironías.

—He estudiado las reacciones de la rubia y de Curtis y lo han hecho bastante bien. Tenga en cuenta que llegué pisándole los talones a la chica, y ya para entonces se estaban recriminando.

—Suponga que la chica se dio cuenta de que la seguía. Usted debió

invertir algunos minutos en entrar en el apartamento.

—Ponga tres.

—Entonces Carol O'Brien tuvo tiempo suficiente de decirle a Curtis lo que tenían que hacer los dos para cuando usted entrase.

—No lo creo, teniente.

—Pero admite que haya podido ocurrir.

—Quizá.

—Voy a suponer por un momento que tiene razón. Ninguno de los dos lo hizo. Leo Kipling acuchilló a Delaney cuando ya estaba muerto. ¿Quién puso la estricnina en el *whisky*? ¿Quién le envenenó?

Rex se rascó por detrás de una oreja.

—No puedo acusar definitivamente a una persona determinada.

—Váyase al infierno. Me quedo con esta pareja de palomos. En el libro más elemental de criminología se dice que en un caso de asesinato hay que tener en cuenta dos conceptos: los motivos del agresor y las circunstancias que tuvo para realizar su crimen. Elija a Carol O'Brien y Curtis Wade para analizarlos con arreglo a esas bases. ¿Motivos? Los tienen. Relaciones amorosas a espaldas de Delaney. Curtis, lugarteniente de una organización de la que Delaney era el jefe. ¿Circunstancias? Ambos tenían entrada libre en la casa de Delaney. Curtis estuvo en la fiesta y pudo preparar el *whisky* con estricnina, y si no le gusta él, podemos elegir a Carol. Ella lo hizo todo. Preparó el veneno y lo sirvió a Harry. En este momento, en el laboratorio están analizando las botellas y unos cuantos vasos. Sabremos enseguida los resultados, porque logramos encontrar muchas huellas de la joven en su dormitorio.

El teléfono se puso a sonar y fue atendido por uno de los agentes.

—¿Sí?... Ahora mismo le llamo. Teniente Murphy, es para usted, del laboratorio.

Salieron del cuarto de baño. Murphy tomó el teléfono que le alargaba su subordinado.

—Habla el teniente Murphy... Sí, le escucho. ¿Cómo? ¿Está seguro?... Me olvidé que usted es infalible, doctor. Gracias, de todas formas.

Colgó dando un suspiro y se quedó mirando a los ojos de Holden.

—Ninguna de las botellas de *whisky* contiene estricnina. Tampoco han encontrado rastro del veneno en los vasos.

—¿Qué hay de las huellas de Carol?

—Ninguna huella. Y eso quiere decir que la propia muchacha lo limpió todo.

—Perdone, teniente, pero debo informarle de algo. Antes de que ustedes llegasen, la rubia me propuso ir a su casa para borrar sus huellas de la botella y el vaso.

—Pura comedia.

—Me llegó a ofrecer joyas por valor de cien mil dólares.

Murphy apretó los puños.

—¡Holden, solo está haciendo que entorpecer! ¡Lárguese de una vez!

—Muy bien, teniente, pero ya se lo dije antes. No creo que ellos lo hiciesen.

—¡Váyase al infierno! ¡No le he preguntado ahora su opinión!

Rex le dirigió una sonrisa y echó a andar con paso elástico hacia la puerta.

CAPÍTULO IX

Rex Holden entró en su apartamento y dio la vuelta al conmutador de la luz.

Se dio cuenta demasiado tarde de que tenía un visitante.

Era un tipo que estaba sentado en el borde de la cama, de unos cuarenta años de edad, de mejillas chupadas. Sus ojos parecían dos luciérnagas y Rex dedujo por qué brillaban tanto.

Aquel hombre era un adicto a las drogas. Tenía algo a su lado derecho, sobre la cama. Rex se movió un poco y vio lo que era, aunque ya lo había supuesto. Una pistola.

—Tardó mucho, Holden.

—Perdone, tuve que hacer. Me gano la vida trabajando.

—No me dijeron, a qué se dedicaba.

—Periodista.

El tipo hizo chasquear los dedos, pero fueron los de la mano izquierda, porque quiso conservar la otra muy cerca de la pistola.

—Demonios, demonios, es cierto eso de que el mundo es muy pequeño. Mi mejor amigo fue también periodista.

Rex pensó que el tipo moreno era de los que les gustaba hablar, y decidió que no le costaba ningún trabajo darle cuerda.

—¿Quién era su amigo?

—Jim Lane.

—¿Jim Lane, del «Sun» de Chicago?

—Frío, Holden. Perteneció a la redacción del «Saint Louis Tribune».

—Estuve en Saint Louis hace un año. Conocí a, Jim Lane.

—Caramba, cuánto me alegra... Resulta que es cierto lo que me dijo Mary «La Pitonisa».

¿Qué le dijo Mary «La Pitonisa»?

—Que ella hacía hablar a los muertos. Usted debe poseer sus facultades. Mi amigo Jim Lane murió hace cinco años.

Hubo un silencio. La sonrisa que esbozaban los labios de Rex se fue convirtiendo en hielo.

—No tuvo suerte, Holden.

—Bueno, ¿por qué no probamos otra vez? Conocí a Jim Lane hace seis años, en Los Ángeles.

—No haga el payaso.

—Corriente, amigo, usted gana. ¿Tomará un poco de *whisky* antes de

marcharse?

—¿Por qué no?

Rex fue a moverse, pero el otro atrapó la pistola.

—Estese quieto. Dígame dónde está.

—En el cajón de la derecha. Oiga, usted no se fía de nadie.

El pistolero emitió un gruñido y abrió el cajón, extrayendo el frasco de *whisky*. Seguía utilizando únicamente la mano izquierda, pero ahora tuvo que valerse de la derecha para desenroscar el tapón.

Rex fue a saltar sobre él, pero su rival ya había desenroscado y se arrojó de espaldas a la cama, atrapando la pistola, con la que apuntó a Rex.

—Ande, siga avanzando y le sacudo un plomo, Holden.

—No nos disgustemos. A propósito: ¿cómo debo llamarle?

—Frankie.

—¿Frankie, qué más?

—Basta con eso. Ahora póngase junto a la pared. La de la derecha.

Rex obedeció y Frankie le siguió apuntando con la pistola, mientras con la otra mano manejó la botella. Bebió un largo trago y luego hizo chasquear la lengua.

—Es un buen *whisky*.

—Celebro que le guste. También tengo tortas de Kentucky. ¿Las probó alguna vez?

—No.

—Están hechas con higos y con miel.

Frankie arrugó la nariz.

—No me gusta eso.

—Debería probarlas.

—No, gracias.

—Sólo quería hacerle agradable su estancia en mi apartamento.

—Es muy amable, Holden, pero he de marcharme enseguida. No acostumbro a trasnochar. Figúrese, estaba en la cama y de pronto me sacaron de ella.

—¿Quién?

—El teléfono.

—¿Qué le dijeron por el cable?

—Usted ya lo sabe.

—Sí, me temo que sí — Rex dio un suspiro. Se abrió la puerta y entró un tipo rollizo, de talla mediana, cara muy ancha y nariz pequeña, achatada.

—Bueno, Frankie, ¿qué infiernos te pasa? —sacó la mano del bolsillo, manejando una pistola del mismo, calibre que la que utilizaba Frankie—. ¿Qué infiernos pasa aquí?

El amigo se puso en pie.

—Nuestro cliente me estaba invitando a *whisky*.

—¿Por qué has de alargarlo tanto tiempo? Hablas y hablas sin parar...

—Le debía una explicación al muchacho. Se ha comportado la mar de correcto. ¿No lo sabes, Bill? Todo consiste en urbanidad. Si tú la poseyeses, te iría mejor por el mundo.

Frankie se enderezó de la cama y pasó la botella de *whisky* a su compañero, quien la tomó, bebiendo un pequeño trago.

—Bueno, acabemos de una, vez.

—Está bien, Bill. Eh, usted, Holden, eche a andar.

—¿A dónde me llevan?

—Tenemos una pelirroja para usted. Queremos que la vea. Luego nos dará las gracias.

—Estupendo —dijo Rex—. Las pelirrojas son mis favoritas. Les contaré lo que me pasó con una de ellas llamada Marion, que conocí en Saratoga...

—Déjelo para dentro de un rato —opuso Frankie. —Ahora, debemos ponernos en camino.

—Dale a las piernas, plumífero —rezongó Bill.

Rex guardaba una pistola en una caja de sombreros del armario. La estaba echando mucho de menos.

—¿Me permiten que recoja antes una cosa?

—¿El qué?

—Voy descubierto y hace un poco de frío. Sólo se trata de mí flexible.

—Está bien —dijo Frankie—. Agárrelo.

Rex echó a andar con la mayor naturalidad hacia el armario empotrado, abrió la puerta y alzó los brazos para tomar la caja que había en el último estante.

—Quédese como está —oyó de pronto la voz de Frankie.

—¿Qué le pasa?

—Anda, Bill, alcánzale el sombrero. No me gusta que un cliente tan atento como Holden se moleste.

Bill pegó un empujón a Holden, enviándolo contra la pared del fondo. Se tuvo que poner de puntillas para alcanzar la caja que Rex había pretendido atrapar. La abrió sobre su regazo, metió la mano y sacó una «Luger».

—Eh, Frankie, mira, qué sombreros se llevan ahora —exhibió el arma.

—¿Última moda en Europa, Holden?

—No precisamente en Europa, sino en Argelia.

—El mundo es un asco. Se matan y se matan por cualquier cosa.

Rex saltó sobre Bill, pero este conocía su oficio. Se dejó vencer por el impulso del joven y bajó la mano a gran velocidad, asestándole el cañón de la propia arma de Holden en la nuca.

El periodista cayó de rodillas y en esa posición tiró el puño contra Bill. Este fue alcanzado en el plexo solar y lanzó un grito mientras retrocedía.

Frankie llegó corriendo con la pistola en la mano. Hizo un movimiento de izquierda a derecha. Rex sintió el impacto del cañón sobre el maxilar. Fue muy doloroso. Pero el pistolero no terminó, su exhibición con aquello, sino que le volvió a golpear ahora sobre la ceja derecha.

Rex se desplomó a punto de perder el conocimiento.

—Maldita sea —oyó a Bill—. Este tipo me ha hecho daño en el estómago.

—Lo llenaste demasiado. ¿Por qué has de comer tanto? Cada día estás menos en forma.

—¿Te he criticado yo a ti por beber como una esponja?

—El *whisky* no hace daño.

Rex sintió que le golpeaban con la puntera del pie en el riñón.

—Levanta, muchacho. No te hice tanto daño como para que te duermas. Si no te pones en pie, te juro que vas a tener motivos para encogerte más.

Rex se levantó trabajosamente.

Bill lo empujó hacia la puerta.

—Cuidado con las martingalas, Holden.

Bajaron por la escalera, y cuando salieron a la calle, Bill empujó a Holden hacia un coche negro que había en la esquina. Al volante había otro tipo.

Rex soltó una imprecación para sus adentros por no haber intentado escapar mientras descendían por la escalera. Pensó que solo habían ido por él Frankie y Bill, y ahora eran tres.

Lo metieron en el coche con muchas precauciones para evitar cualquier sorpresa.

Frankie y Bill hicieron un emparedado con él, dejándolo en medio.

El hombre del volante volvió la cabeza, mostrando una frente muy estrecha, unos ojos muy juntos y unos dientes muy separados.

—¿Os dio trabajo?

—Poco, Saúl —repuso Bill—. Pon en marcha el motor y alejémonos de aquí.

—Nadie ha venido siguiéndonos.

—Da igual. Quiero terminar cuanto antes.

El llamado Saúl puso en marcha el vehículo y lo apartó del bordillo de la acera, adquiriendo velocidad.

—Es curioso —dijo Holden.

—¿Qué es lo curioso? —preguntó Frankie.

—Al principio creí que era un muchacho que trabajaba solo, Luego apareció Bill y me dije: «Aquí tenemos la pareja de siempre», pero vosotros sois más originales. Sois un trío.

—Formamos un equipo, muy completo. No hay nadie como Saúl para manejar un cacharro, y Bill y yo hacemos los pespuntos que es un primor.

—Creo que Curtis Wade está cometiendo una equivocación.

—¿Sí?

—Si él es inocente de la muerte de Delaney, ha debido estar quieto. Enviando sus matones solo hace que empeorar la situación. Vosotros me mataréis y en ese caso pueden ocurrir dos cosas.

—Primera —dijo Frankie.

—Que enterréis mi cadáver o lo escondáis en algún lugar donde permanezca ignorado.

—Segunda.

—Que me dejéis tirado en una cuneta.

—¿Qué pasa con eso?

—En ambos casos, la policía sabrá quién es el promotor de mi desaparición.

Saúl rio desde el volante.

—Qué chico más listo. ¿Sabéis lo que os digo? No haría daño a una mosca. Sólo debe saber escribir la «O» cuando le dan un canuto.

—Cierra el pico, Saúl —dijo Frankie—. Tú a lo tuyo.

Durante un rato reinó el silencio en el coche.

—Eh, Frankie —dijo de pronto Bill—. ¿Te acuerdas de aquella morena metidita en carnes...?

—¿Sofie?

No. Me refiero a la otra, a la que tenía un hermano jugador de rugby.

—Oh, sí, Luana, una estupenda muchacha. Reunía condiciones.

—Y qué condiciones, madre mía. Saldrá conmigo mañana.

—¿Es cierto eso?

—Seguro, muchacho. Iremos a cenar a lo de Martinelli. Luego la llevaré al cine.

—Un plan completo, pero ten cuidado con ella. Es de las que si le tocas un dedo te están pidiendo que te cases con ellas.

Saúl estacionó en una zona muy oscura.

Primero bajó Frankie y se retiró del coche, apuntando con la pistola al hueco.

—Abajo, Rex.

—Holden puso los pies en tierra, mientras Bill salía por la otra portezuela.

A la derecha había una casa que contaba con un embarcadero sobre el río. Saúl se había puesto a andar, haciendo tintinear un llavero.

Bill empujó a Rex para que fuese detrás de Saúl.

El conductor del vehículo abrió una puerta, e hizo girar el conmutador de la luz.

Rex vio una habitación en cuyas paredes había cañas de pescar y arpones de diversos tamaños.

—Siéntate, Holden —ordenó Frankie.

Rex se sentó en una silla que estaba llena de polvo. Bill lo hizo en el borde de un camastro.

—Saúl —dijo Frankie—. ¿Hay café en la cocina?

El tipo de la frente estrecha entró en la cocina y gritó desde allí:

—¡No queda, Frankie!

—Hazlo bien cargado.

—Sí, Frankie.

Rex suspiró.

—Bueno, chicos, confieso que me disteis un buen susto. Ya está conseguido el efecto. ¿Puedo irme ahora? Si hay que prometer algo lo prometeré.

—¿Por ejemplo? —dijo Frankie.

—Pediré a mí jefe que me dedique a los Ecos de Sociedad. ¿Está bien así? Nada de asesinatos, nada que se refiera a Harry Delaney.

Bill rio cascadamente.

—Eres un buen tipo. Sí, señor, tienes sentido del humor, pero con nosotros eso no vale. Hemos de cumplir nuestra misión.

—Sí, Holden —asintió Frankie—. Hemos de cumplirla.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un silenciador, que puso en la pistola.

Bill hizo la misma operación.

Rex sentía las tripas anudadas por la ira. Había llegado su última hora y no tenía opción para defenderse.

CAPÍTULO X

—Se me ocurre una cosa, Frankie.

—¿El qué, Holden?

—¿Por qué no llama al hombre que le encargó el trabajo?

—¿Para qué?

—Dígale que me tienen aquí y que quiero hablar con él. Es muy importante que sepa algo que tengo que decirle.

—Lo siento, hermano, pero mis instrucciones fueron otras.

—Su patrón ignora que se han producido nuevos hechos.

—Explíquese.

—Sé que Curtis Wade no lo hizo.

—Estupendo.

—Tampoco lo hizo Carol O'Brien.

—Enhorabuena.

—Quiero demostrárselo a su patrón, ¿lo entiende?

—Claro que lo entiendo, pero no se preocupe. Yo me encargaré de transmitirle su mensaje.

—Preferiría hacerlo yo personalmente.

—Sí, ya sé, a todos les pasa lo mismo. Cuando llegan a estos momentos, se inventan cualquier cosa. Una vez un tipo me pidió que pusiese una conferencia de larga distancia a Little Rock para despedirse de su Madre.

—Tampoco es mala idea. La mía está en Alamillo, California.

Frankie sonrió gélidamente.

—Me divierten los tipos que hacen chistes cuando se encuentran frente a la pistola. Indica buen carácter, y todos ellos resultan buenos jugadores de póker.

—¿Qué les parece si hacemos una partida?

—No, Holden. Para usted se acabaron toda clase de partidas —hizo una pausa—. Adelante, Bill.

Los dos levantaron el arma, listos para disparar.

En ese momento Saúl salió de la cocina con una humeante cafetera, que sujetaba por el asa, valiéndose de un sucio paño.

—Cuidado, chicos, está achicharrando.

Rex tenía una polvorienta mesa delante, justo donde Saúl se disponía a poner la cafetera.

Durante una fracción de segundo los dos verdugos miraron a su compañero.

Fue el momento que aprovechó Rex para atrapar la mesa por el borde y levantarla hacia arriba.

Frankie lanzó un grito horroroso porque la cafetera se volcó con todo su contenido sobre su cara y pecho. Se puso a disparar debatiéndose en el suelo, sin tener en cuenta adonde enviaba sus balas.

Rex Holden ya había saltado. Bill se tambaleó porque también había recibido un golpe de la mesa, pero logró mantener el equilibrio. Fue por poco tiempo porque Rex cayó sobre él como una centella, golpeándole en las narices.

Los dos se derrumbaron sobre un camastro y de allí rebotaron al suelo.

Rex seguía en inferioridad, y tenía que luchar sin conceder cuartel. Clavó la rodilla con todas sus fuerzas en el bajo vientre de Bill y le incrustó el puño en la boca, sintiendo como cedían sus dientes.

El pistolero alzó la mano armada para disparar, pero Holden le pegó con el filo de la mano en la muñeca.

Sonó un crujido de hueso roto y Bill se puso a lanzar chillidos.

Frankie había dejado de disparar, pero seguía dando vueltas en el suelo, cubriéndose la cara con las manos.

Rex atrapó la pistola que Bill había abandonado y se volvió hacia Saúl.

Pero ya no hacía falta que nadie se encargase de él. Saúl estaba despatarrado en el suelo. Había sido el único en recibir dos de las muchas balas que Frankie había hecho escupir a su pistola.

Frankie apartó las manos de la cara y levantó el arma para disparar sobre Holden. En sus ojos brillaba el odio.

El joven apretó el gatillo antes y la bala golpeó contra la cabeza de Frankie, lanzándolo contra el suelo.

Bill gateó hacia Saúl y le extrajo la pistola de bajo de la axila.

Rex estaba de espaldas, pero se volvió al oír el ruido.

El truhan ya le estaba apuntando.

Saltó a un lado para burlar la primera rociada de plomo y también él envió en su camino la suya.

Vio como aparecían en el pecho de Bill hasta tres agujeros.

El pistolero se derrumbó, emitiendo un gruñido y quedó boca arriba, moviéndose débilmente, hasta que por último quedó quieto.

Salió de la cabaña, montó en el coche del trío de asesinos y lo dirigió a la ciudad.

Abandonó el «sedán» en un callejón.

En la puerta del doscientos treinta y cuatro de la calle sesenta y tres Este, un hombre estaba amontonando los cubos de desperdicios.

Rex fue a pasar de largo hacia el interior.

—Eh, usted, ¿a dónde va?

—Soy amigo de la señorita Addams.

—No lo vi nunca por aquí.

—Bueno, ya me vio —dijo Rex, y continuó su camino hacia el ascensor.

Apretó el segundo botón al azar y acertó porque en aquella planta ubicaba el apartamento al que se dirigía.

Oprimió el timbre insistentemente.

—Ya va... —respondió una voz femenina.

Helen apareció en el hueco, cubriéndose con blusa negra y pantalones rojos.

—¡Usted! —exclamó al ver allí a Rex.

—¿Qué tal, Helen? —Rex olfateó la atmósfera —Caramba, huelo a café recién hecho y a tostadas.

—Acostumbro a desayunarme sola.

—Hoy hará una excepción —dijo Rex y pasó por su lado.

—Eh, no le invité.

—¿Siempre tiene tan mal genio cuando se levanta?

—Usted es un fresco.

La joven alcanzó el periódico que estaba en el suelo.

Rex siguió andando hacia la cocina. Abrió un armario y tomó dos tazas, que puso sobre la mesa.

Helen no lo había seguido. La oyó lanzar un grito desde el «living».

—¿Qué le pasa?

—Envenenaron a Harry Delaney y después de muerto le pegaron una cuchillada.

Rex sirvió el café y untó las tostadas con mantequilla.

—Eh, muchacha, venga aquí y devoremos esto.

La joven entró en la cocina, leyendo el diario.

—Dios mío, ¿se da cuenta, señor Holden? Usted y yo estuvimos anoche en aquella casa...

—Oiga, «Ciclón», le voy a informar de algo que no dice el diario. He estado en danza desde que asesinaron a Delaney y, apenas hace una hora, tuve que pegar muchos tiros para librarme de un terceto que querían enviarme al infierno.

—¿Por qué no me lo cuenta todo mientras se desayuna? Le daré doble ración.

—Trato hecho.

Rex despachó media docena de tostadas y tres tazas de café. Luego encendió un cigarrillo y terminó de relatar la historia.

—Todo eso es fantástico —opinó la joven—. Haré una novela con la muerte de Delaney—se quedó pensativa—. Ya tengo el título.

—¿Cuál?

—El hombre que murió dos veces.

—Sólo se muere una vez.

—No sea tonto. Hablo en sentido figurado. Delaney murió dos veces, la primera cuando ingirió el veneno, la segunda cuando recibió la cuchillada

en el pecho.

—Le gusta el argumento, ¿eh?

—Creo que a mí no se me ha ocurrido nada igual.

—¿Se da cuenta de que le falta el final?

—Ya sé, usted opina que Carol O'Brien y Curtis Wade son ajenos al envenenamiento de Delaney.

—Sí, y por ello quiero atrapar al verdadero culpable.

—¿Sabe quién es?

—No; pero tengo un sospechoso.

—¿Cuál es su nombre?

—Barry Stevens.

—Mi admirador.

—Si —sonrió Rex—. Por eso estoy aquí.

—¿Qué quiere decir, señor Holden?

—La necesito a usted.

La joven empezó a agrandar los ojos.

—¡Oh, no...! ¡No!

—Sí, Helen. ¿No quiere servir a la justicia?

—Ya la sirvo con mis novelas.

—¿Usted cree?

—No será de esas personas vulgares que creen que los novelistas del género policíaco fomentamos la criminalidad. Todo lo contrario. Todas mis novelas tienen un fondo moral. El malo recibe su castigo y el bueno el premio.

—Final feliz con boda de los protagonistas.

—¿Por qué no, si el público lo prefiere así...?

—Me parece magnífico, Helen, pero ahora tiene usted oportunidad de hacer algo más que almibarar el cerebro de la gente. Ahora puede contribuir a la caza de un criminal.

—Suponga que no es Barry Stevens.

—Seguiré buscando por otra parte.

—¿Qué es lo que quiere que haga? Y conste que todavía no he dado mi consentimiento.

—Usted le gustó a Barry Stevens. ¿Por qué no le hace una llamada esta mañana y le dice que se encuentra muy aburrida?

—¿Qué es lo que espera usted?

—Que la invite a almorzar.

—¿Y después?

—Procure ir con él a algún sitio donde no haya mucha gente.

—Señor Holden, ¿qué cree que va a pasar si Cecil se entera de todo esto?

—No tiene por qué enterarse.

—Pero Barry Stevens es un hombre muy inquieto, ya me lo probó

anoche.

—Recuerde que se puede defender sola, sin ayuda de nadie.

La joven se mordió el labio inferior.

—¿Acaso cree que Stevens me va a confesar que él mató a Delaney?

—No. No se lo confesará, pero usted podría sonsacarle algo que nos sirva para llegar a una conclusión. Por ejemplo, le puede preguntar dónde estuvo anoche después de la fiesta. Usted es una mujer muy femenina, Helen. No tengo que darle lecciones con respecto a eso.

—Señor Holden, lo que me está proponiendo no me gusta nada. Soy una chica honesta.

—No le estoy sugiriendo que haga nada malo, sino que se valga de sus argucias e inteligencia para arrancar algo a Barry Stevens que pueda servirnos de punto de apoyo.

La joven permaneció un rato en silencio y por fin hizo un gesto afirmativo.

—De acuerdo, señor Holden. Lo haré.

—Ahora tengo que irme, pero estaré en la redacción del periódico. Si consigue algo efectivo de Barry, haga una llamada allí.

—Bien. —Helen lo acompañó hasta la puerta.

De pronto él la tomó por los brazos y la besó en la boca.

—Eh, señor Holden, ¿qué es lo que hace?

—La he besado solo para desearle buena suerte. ¿No sabe que es la costumbre entre los espías?

Helen se quedó sin habla mientras el joven caminaba por el corredor hacia la escalera.

Eran las siete y media de la mañana cuando Rex entraba en el despacho de Douglas Jones. Tal como esperaba, el viejo Douglas estaba al pie del cañón, sentado ante su mesa, con un ejemplar del «Star» ante sí, en mangas de camisa, un lápiz rojo cabalgando sobre su oreja.

En un viejo diván había un almohadón un poco hundido y eso quería decir que Jones había descabezado un sueño allí.

—¿Dónde te metiste, Rex? —exclamó Douglas —Te he estado llamando durante cuatro horas a tu apartamento.

Holden se tendió en el diván, apoyando la cabeza en el almohadón. Después de cerrar los ojos y cruzar sus manos sobre el estómago, repuso:

—Me estaban liquidando.

—¿Eh? —Jones se levantó de un salto y dio la vuelta a la mesa—. Despierta, Holden.

Rex abrió un ojo.

—¿Crees que puedo dormir con tus gritos? Por, favor, Doc, ten un poco de compasión.

Jones se mesó los pocos cabellos que quedaban sobre su cráneo.

—¿Quién te envió esos matones?

—¿Y yo qué sé?

Solo pudo ser Curtis Wade. Eso es. Ha querido vengarse de ti porque lo has entregado a la policía.

Rex no dijo nada y Douglas empezó a pasear nerviosamente por la estancia.

—¿Qué clase de periodistas sois vosotros? Tenéis en la mano el mejor asunto del año y os ponéis a dormir. Sólo pensáis en dormir. Condenación, ¿es que no te das cuenta, Rex? No ha muerto un hombre cualquiera, sino el jefe de un poderoso «gang», Harry Delaney. Es la noticia más grande desde que Richard Kennedy, el hermano del presidente, puso en la picota a los sindicalistas malversadores de fondos... Harry Delaney... Aquí tengo su biografía completa.

Se acercó a la mesa y tomó dos folios mecanografiados.

—Nacido el 4 de noviembre de 1914 en Seattle. A los doce años lustraba zapatos en una barbería, pero se cansó pronto. Se largó a Los Ángeles, llevándose trescientos dólares, los ahorros de su patrón. La policía lo detuvo en California y lo devolvió a Seattle, donde fue ingresado en un reformatorio. Salió a los dieciséis y se dirigió a Chicago. Formó parte de una famosa banda juvenil dedicada al robo de coches. Su jefe era Jimmy Cadigan. Harry Delaney empezó a aprender a burlar la ley. Atraparon a toda la pandilla y él fue el único que logró quedar fuera porque se preocupó de contratar al mejor abogado de Chicago. A los veintiocho años poseía una cadena de clubs nocturnos, cinco fábricas de cerveza, cuatro de *whisky* y una de cosméticos. Pero él no tenía bastante con aquello y decidió extender sus redes a la costa del Atlántico. Empezó por Trenton y de allí saltó a Nueva Jersey. Apenas se hizo notar al principio, pero compró un hipódromo que estaba en quiebra. En menos de seis meses lo convirtió en un negocio lucrativo y ese fue solo el comienzo. En otros cuatro años, Harry Delaney dominaba el cincuenta por ciento de las apuestas clandestinas de la costa del Oeste. Se le veía con las mujeres más hermosas, artistas de cine, de teatro. Dos famosas luminarias de Hollywood fueron sus amigas íntimas. Una célebre novelista francesa tuvo un romance con él durante unas vacaciones que Harry pasó en la Riviera. A su regreso a Nueva York, conoció a una gran concertista de violoncelo, Myra Nicholson, con quien también trabó relaciones íntimas que duraron varios meses. El imperio de Delaney siguió prosperando. Era un hombre bien recibido en los más importantes círculos sociales, políticos y financieros. Algunos fiscales quisieron meterle mano, pero siempre tuvieron que abandonar por falta de pruebas.

Jones arrojó uno de los folios sobre la mesa y siguió consultando el otro.

—De pronto estalló la bomba. Los hombres del Departamento del Tesoro encontraron un fallo en los libros de contabilidad de Delaney. Se

repetió el caso de Al Capone. Harry era autor o inductor de todos los delitos comprendidos en las leyes criminales, y fue juzgado por un delito fiscal. Por no pagar los impuestos a que estaba obligado.

Rex saltó del diván.

—¿Qué has dicho, Doc?

—Por no pagar los impuestos.

—No, hombre, antes. Has hablado de una concertista de violoncelo... ¿Dónde está su nombre?

—En ese papel.

Holden se abalanzó sobre la mesa y atrapó el folio.

Myra Nicholson... —descolgó el auricular y marcó un número.

—Eh, Rex, ¿qué te pasa? —dijo Jones.

Holden estuvo atento a los sonidos que le llegaban por el cable. Al fin descolgaron y una voz femenina le dijo que había establecido comunicación con la agencia artística de Luke Talmadge.

—Oiga, quiero hablar personalmente con Luke. Aquí Rex Holden.

Rex esperó unos segundos y oyó la voz de su amigo.

—¿Qué pasa, Rex?

¿Dónde se encuentra en este momento la concertista de violoncelo, Myra Nicholson?

—No soy un representante artístico, pero puedo decirte que está haciendo un viaje por Europa, que inició hace exactamente quince días. Iba a Francia, Alemania, Italia y algunos pises del medio Oriente. Dos meses de duración.

—Gracias, Luke.

Rex colgó, decepcionado.

—¿Qué te pasa, Rex?

—Una idea loca que me cruzó por la mente.

—Bueno, seamos los dos locos. ¿Qué es?

Cuando mataron a Delaney estaba escuchando un concierto de violoncelo y la ejecutante era Myra Nicholson.

—Ya entiendo. Has creído ver una relación.

—Sí, pero no hay nada que hacer. Me acaban de decir que Myra Nicholson está en Europa.

Rex volvió a tenderse en el diván.

Jones lo estuvo mirando con el ceño fruncido.

—Qué juventud... Queréis conquistar el mundo. ¿De qué, forma? me pregunto yo.

—Deja de refunfuñar, abuelo, y ponte a hacer pajaritas.

Jones se indignó tanto que las palabras se le atropellaron en la boca.

El timbre del teléfono lo interrumpió.

—Douglas Jones al habla... ¿Eh...? ¿Rex Holden...? Sí, tengo la desgracia de que se encuentre en este despacho. Rex, es ese amigo tuyo,

Luke Talmadge.

Rex saltó del diván y tomó el auricular de manos de su jefe.

—¿Sí, Luke?

—Mi secretaria me rectificó la noticia. Dijo que Myra Nicholson se encuentra en Nueva York. Quise comprobarlo porque la chica es de las que a veces ve visiones. He telefonado al representante artístico de la Nicholson, y él me ha confesado que la violoncelista tuvo que suspender su gira por Europa.

—¿Cuándo regresó?

—Hace cuatro días.

—¿Cuál fue el motivo que la obligó a regresar?

—Unas fiebres.

—¿Vive en Nueva York?

—Sí —repuso Luke y le dio la dirección de la artista.

Rex colgó y echó a andar hacia la puerta.

—¡Eh, Rex, espera! —gritó Douglas.

—¿Qué ocurre?

—¿Has pensado realmente que Myra Nicholson tuviese que ver con el asunto?

—Quiero que me lo diga ella misma. Hasta la vista, abuelo.

Myra Nicholson vivía en un «bungalow», rodeado por un jardín bien cuidado.

Rex abrió una cancela y echó una mirada al «garaje» donde había un «Buick» modelo de aquel año y un «Jaguar» de color rojizo.

De pronto empezó a escuchar las notas de un violoncelo que procedían del interior de la casa. Subió al porche y permaneció un instante quieto, escuchando. Por último se decidió a oprimir el timbre.

Oyó unos pasos y luego la puerta se abrió.

En el hueco había una mujer esbelta, muy hermosa, de cabello negro recogido atrás, sobre la nuca. Sus cejas estaban finamente trazadas en arco y poseía unos ojos muy grandes, de un fuerte color azulado, y los labios eran rojos y gruesos.

—Soy Rex Holden, crítico musical del «Star». Quisiera hacerle una entrevista acerca de su gira por Europa, señorita Nicholson.

—Usted sabe que la he interrumpido por motivos de salud.

—Desde luego, señorita Nicholson. Espero que se encuentre mejor.

La joven miró atentamente el rostro de Holden. Finalmente lo invitó a pasar.

Rex fue conducido a un «living». En tres grandes vitrinas había otros tantos violoncelos.

La joven señaló un sillón a Rex y este lo ocupó mientras ella lo hacía en el de enfrente.

—Puede iniciar sus preguntas, señor Holden.

—¿Qué clase de enfermedad fue la que le obligó a suspender su gira artística, señorita Nicholson?

—Unas extrañas jaquecas que hacían su aparición antes de presentarme en los escenarios. Me ocurrió en Londres, en París y Roma. Antes de ir a Viena, donde debía celebrar mi inmediato concierto, decidí regresar a nuestro país para ponerme en tratamiento.

—¿Quién la trata, señorita Nicholson?

—Mi médico de cabecera, el doctor Hugh Ballard.

—¿Cuál fue el diagnóstico del doctor Ballard?

—Agotamiento.

—¿Explicó la causa?

—Un trabajo demasiado intenso. Durante el último año hice una gira alrededor del mundo. Fueron ocho meses de constante movimiento. Demasiado para mí —la joven sonrió suavemente—. Todo el mundo cree que soy una mujer fuerte, pero la verdad es que no resisto mucho. Además, dedico mis horas libres a la composición.

—¿Qué impresión le ha producido la muerte de Harry Delaney?

Observó como las manos de Myra se crispaban.

—Me temo que esa pregunta no tiene nada que ver con su sección musical, señor Holden.

—Sin embargo, usted lo conoció muy a fondo.

—No pienso hablar del señor Delaney.

—¿Por qué no?

—Arrinconé esos recuerdos hace mucho tiempo.

—¿Dónde estuvo anoche, señorita Nicholson?

—¿Por qué me hace esa pregunta?

—Se lo diré con toda claridad. Fue anoche cuando asesinaron a Delaney.

La joven se levantó bruscamente.

—Señor Holden, ¿quién es usted realmente?

—Pertenezco a la redacción del «Star».

—Pero no es el crítico musical.

—No, no lo soy. Pero eso no tiene ninguna importancia.

—Para mí la tiene, y le he de rogar que abandone mi casa.

—¿Qué le pasa, señorita Nicholson? ¿Tiene miedo de contestar a mis preguntas acerca de Delaney? Quiero saber simplemente dónde estuvo usted anoche.

La, joven alzó la barbilla desafiante.

—Estuve aquí, en mi casa.

—¿Con quién?

—Sola.

—Entonces, no hay nadie que pueda testimoniar en su favor.

—Ya le he dicho que estuve sola. —Myra se puso en pie—. Con esa

respuesta doy por terminado su interrogatorio, señor Holden.

Rex hizo un gesto afirmativo, mientras se incorporaba.

—De acuerdo, señorita Nicholson. No quiero importunarla más. Fue muy amable al recibirme.

Al cruzar la cancela del jardín se volvió ligeramente y vio cómo se movían los visillos de la ventana que correspondían a la habitación donde había celebrado su corta entrevista.

Otros visillos se movieron, los de la ventana del «bungalow» vecino al de Myra.

La señorita Nicholson se retiró enseguida de su observatorio, pero no así la persona que se encontraba tras de la otra ventana.

Holden saltó una verja pintada de azul y subió a un porche donde había dos escaleras. Después de oprimir el timbre le abrió una mujer de nariz aguileña y ojos suspicaces.

Rex la saludó, ceremoniosamente.

—Me permito molestarla en cumplimiento de mí obligación informativa.

—¿Es usted periodista?

Rex le mostró su credencial.

—Oh, pase usted, señor Holden. Soy la señorita Edith Flanagan.

Entró en un «living», cuyos muebles habían sido comprados cincuenta años atrás.

Tal como Rex esperaba, había una jaula en la estancia, aun cuando estaba vacía.

—Quería hacerle unas preguntas acerca de la señorita Nicholson, señorita Flanagan.

—Siento no poder informarle a ese respecto, señor Holden, pero desde que la señorita Nicholson vino a vivir aquí, hace tres años, solo hemos cruzado una vez la palabra. Soy una persona sociable y, naturalmente, le hice una visita ofreciéndome para todo lo que necesitase... ¿Se quiere creer que jamás ha pisado mi casa...? Y no solo eso. Algunas veces nos hemos cruzado en la calle y ella ha mirado intencionadamente para otra parte.



Un paso más y le agujereo la piel...

—Lo siento, señorita Flanagan, pero hay gente que es así.

—¿Quién se habrá creído que es esa orgullosa...? Sí, ya sé que los periódicos hablan muy bien de ella cuando da uno de sus conciertos...

—Pero quizá sepa qué clase de vida hace la señorita Nicholson.

—Recibe a muy pocas personas, cuatro o cinco, casi siempre las mismas. Puedo describírselas...

—¿Celebró una de esas reuniones anoche?

—Oh, no, anoche, no —se interrumpió un momento, enrojeciendo las mejillas.

Rex carraspeó. Naturalmente, la señorita Flanagan se pasaba casi todo el tiempo en la ventana, espionando a su célebre vecina.

—¿Cómo sabe que la señorita Nicholson no recibió anoche a sus amigos?

—Porque salió sola y no regresó hasta muy tarde.

—¿A qué hora salió...? ¿Lo recuerda?

—Aproximadamente serían las ocho y media.

—Y, ¿cuándo regresó?

—Esta mañana.

—¿No cabe la posibilidad de que la señorita Nicholson regresase anoche a su casa y luego volviese a salir?

—No lo creo... Vi salir a la señorita Nicholson con un vestido de noche y es justo con el que regresó esta mañana. El mismo vestido, se lo aseguro.

—¿Cuál de los coches utilizó?

—El «Buick».

—Gracias, señorita Flanagan. Me ha prestado un gran servicio.

Retrocedió hacia la casa de la señorita Nicholson, pero se detuvo antes de abrir la cancela del jardín. En el «garaje» faltaba el «Jaguar». Soltó una imprecación para sus adentros al comprender que mientras él había estado hablando con la señorita Flanagan, Myra Nicholson había echado a correr.

Continuó dándose a todos los diablos mientras apretaba a fondo el acelerador del coche.

CAPÍTULO XI

Guardando el portón de la casa de Delaney estaban los dos hombres que ya conocía.

—Hola, muchachos—, los saludó.

Los dos tipos lo miraron con cara hosca, lo cual debería ser en ellos una costumbre.

—¿Qué quiere, periodista? —preguntó el más alto.

—Perdí un cuaderno de notas y quería preguntar si alguno de ustedes lo recogió.

Los dos hombres se miraron y el más alto dijo luego:

—No, no hemos encontrado nada.

—Bueno, en ese caso seguro que algún criado se ha hecho cargo de mi cuaderno. Por favor, ¿quiere ir alguno de ustedes por él?

El alto abrió el portón.

—Moléstese usted mismo.

—Está bien, como quieran —dijo Rex, dando un suspiro.

Un jardinero nivelaba un seto con ayuda de las tijeras.

A la puerta del «garaje», un hombre lavaba un coche con ayuda, de una manguera.

Le abrió la puerta un criado.

—Vine por mi cuaderno de notas —dijo Rex, pasando por su lado.

—¿Qué cuaderno de notas, señor?

—Lo dejé olvidado aquí anoche, y creo que sé la habitación donde encontrarlo.

Fue a la estancia, donde Delaney había sido asesinado y el criado corrió tras él.

Holden levantó unos cuantos almohadones y minó por el suelo, pero no encontró rastro del cuaderno.

—Lo siento, señor —dijo el criado—, pero no hemos hallado ningún cuaderno. Limpié personalmente la habitación, después que la policía me autorizó a hacerlo.

—Seguro que se lo llevaron. ¿Por qué ha de haber personas así? Debió ser alguien que entró en este cuarto. Por ejemplo, la señorita Nicholson.

Estaba mirando fijamente la cara del criado y vio cómo sus cejas se enarcaban.

—Perdone, no sé nada.

—¿Cuál es su nombre?

—Philip.

—¿Sabe que podría meterle en un lío? Sé que estuvo aquí la señorita Myra Nicholson. Y le daré un detalle más. Se encerró a solas en esta habitación con el señor Delaney.

—No sé nada —repitió el criado.

Rex se encaminó hacia el teléfono.

—¿Qué va a hacer, señor Holden?

—Llamaré al teniente Murray de la Brigada de Homicidios y lo pondré al corriente de su actitud.

—No le entiendo.

—Está protegiendo a la señorita Nicholson. ¿Se da cuenta de que su patrón fue asesinado y de que la señorita pudo ser la asesina?

—Oh, no.

—¿Cómo sabe qué no?

—Cuando la señorita Nicholson salió de aquí, el señor Delaney estaba vivo.

—Claro que sí, estaba vivo, pero ella pudo haber puesto la estricnina en el *whisky* que más tarde su jefe ingirió.

La cara de Philip se tornó pálida.

—Estoy seguro de que la señorita Nicholson no lo hizo.

—¿Por qué está tan seguro?

—Es una buena persona.

—Todas las buenas personas pueden tener su rato malo. ¿Está dispuesto a contestar a mis preguntas? —Rex había puesto la mano derecha sobre el auricular.

Tras unos segundos de silencio, Philip hizo un gesto afirmativo...

—Sí, señor Holden. Contestaré a sus preguntas.

—¿A qué hora llegó la señorita Nicholson?

—Cuando ya se habían retirado todos los invitados.

—¿A qué hora? —insistió Rex.

—Alrededor de medianoche.

—¿Por qué vino aquí?

—No lo sé. El señor no me lo dijo.

—¿Entonces el señor Delaney sabía que ella iba a venir?

—Sí.

—¿Cuándo le dijo que la señorita Nicholson iba a llegar a la casa?

—Unos diez o quince minutos antes de que ocurriese. El señor salió de aquí y me indicó que había recibido una llamada de la señorita Nicholson, anunciándole que le iba a hacer una visita.

—¿Dónde estaba Carol O'Brien?

—Arriba, en las habitaciones que el señor Delaney le había destinado.

—¿Está seguro?

—Seguro.

—¿Cuánto tiempo transcurrió desde el momento en que el señor le anunció la visita de la señorita Nicholson y su llegada?

—Unos quince minutos. El señor Delaney la estaba esperando en esta misma habitación.

—¿Carol no bajó en todo ese tiempo?

—No, señor.

—¿Cuánto tiempo estuvieron juntos?

—Unos diez minutos.

—¿Sabe de qué hablaron durante esos diez minutos?

—En absoluto, señor.

—Me gustaría que dijese la verdad, Philip.

—Le juro que no sé de qué pudieron hablar.

—¿Vio usted a la señorita Nicholson cuando salía?

—Sí. Yo estaba en el vestíbulo. Estaba completamente normal. El señor la acompañó hasta la puerta.

—¿Y cuál era el aspecto del señor Delaney?

—Muy serio, señor Holden.

—¿Muy serio?

—Grave, preocupado.

Holden dio unos pasos por la estancia, frotándose el mentón. Cuando se detuvo, miró a Philip.

—He sacado la impresión de que usted conoció bien a la señorita Nicholson.

—Sí, señor. La señorita Nicholson siempre me pareció una joven educada y correcta, pero no le puedo agregar más. Una de mis normas ha sido no inmiscuirme en los asuntos privados de mi patrón.

—¿Cuánto tiempo ha estado al servicio de Delaney, Philip?

—Nueve años.

—¿Quién piensa que lo ha asesinado?

—¿Quiere que también le conteste con sinceridad?

—Sí, Philip.

—Carol O'Brien.

—Ya entiendo, Carol O'Brien es todo lo contrario de Miss Nicholson, ni correcta ni educada...

Sí, una mujer vulgar. Y si me permite agregar algo, diré que jamás me he fiado de sus sentimientos con respecto al señor Delaney. Creo que es una mujer falsa.

—Bueno, Philip, no hace falta que continúe. Ya conozco el nombre de su candidata.

Rex salió de la estancia y se despidió del criado en el vestíbulo.

Al llegar al portón, los fulanos lo miraron con interés. El alto preguntó:

—¿Dio con su cuaderno?

—Sí —Rex sacó el cuaderno del bolsillo interior de la chaqueta.

—Entonces, no vuelva por aquí.

—¿Orden de quién?

No es cuenta suya. Pero nos han dicho que si vuelve a asomar la nariz, se la aplastemos.

Holden se tocó la nariz.

—Trataré de conservarla... Hasta la vista muchachos.

Caminó hacia donde había dejado estacionado su coche y de pronto vio aparecer por frente a la parte del motor a un hombre con una pistola en la diestra.

Oyó pasos y al volverse descubrió a otro hombre por junto a la popa que también tenía un arma en la mano.

Sonrió al de delante, un tipo rubio, de mentón puntiagudo.

—Eligieron mal momento para este asalto, muchachos. Sólo llevo encima unos cuantos dólares.

—Nos conformaremos con ellos —contestó el rubio.

El pistolero que estaba a su espalda, de cabello rojizo, llegó a su altura y lo empujó hacia el coche.

—Anda, entra.

Abrió la portezuela trasera y Rex no tuvo más remedio que ocupar el asiento.

El pelirrojo se sentó a su lado y el rubio se ocupó del volante.

El coche arrancó con mucha fuerza.

—¿A dónde vamos? —preguntó Rex.

—Le hemos procurado una cita amorosa, ¿verdad, Tim?

Tim era el rubiales del volante.

—Este Holden tiene una suerte loca.

—¿Quién es ella? —preguntó Rex.

—Ya lo sabrá.

—Me temo que no habrán tenido en cuenta, mis gustos. Las prefiero pelirrojas, con mucha curva, largas las piernas.

—Infiernos, Joe —dijo Tim—. ¿Lo has oído...?

Justamente le acertamos en todo. Pelirroja, con curvas y largas piernas.

Joe golpeó suavemente la rodilla de Rex con el revólver.

—Lo va a pasar en grande, amigo.

Pero el joven no se hacía ilusiones con respecto a cómo lo iba a pasar. Sabía qué clase de tipos eran sus acompañantes.

El rubio sacó ahora el coche de la pista y lo condujo por un camino de asfalto.

—¿Puedo fumar? —dijo Rex e hizo un gesto de llevar la mano al bolsillo.

Joe le golpeó con más fuerza en la rodilla y Holden hizo crujir los dientes.

—No se ponga nervioso, compañero —le dijo el «gánster»—.

Acostumbra a mover las manos cuando nosotros le digamos.

—Sólo iba a sacar un cigarrillo.

—No se preocupe. Le daré de, los míos. Son especiales. De «marihuana».

—No, gracias.

—Le convenía quemar uno como aperitivo. Recuerde que va a caer en brazos de una pelirroja como no ha visto otra en su vida.

—Quiero darme perfecta cuenta de todos sus encantos.

Siguieron corriendo por aquel camino hasta que Tim se desvió hacia lo que parecía una granja.

El coche entró por una puerta que estaba abierta y se deslizó por un patio de cemento hacia un «garaje» donde había otros tres coches.

Dos hombres estaban sentados en el estribo de un «sedán» negro.

El rubio aplicó el pedal del freno y el vehículo se detuvo bruscamente.

Joe hizo salir al periodista. Los dos hombres que estaban en los estribos miraron al prisionero con aire aburrido.

—¿Llegó el jefe? —preguntó el rubio Tim.

Los dos tipos cabecearon de arriba abajo.

Rex fue conducido por un corredor con piso de baldosas. Al final había una historiada puerta.

Joe oprimió un timbre y al cabo de un rato les fue franqueado el paso por un tipo alto, de cabeza rapada y labio inferior colgante.

—¿Dónde está, Forester? —preguntó Tim.

—En la piscina.

Cruzaron por otro corredor, yendo hacia la parte posterior de la casa. Bajaron por una escalera de piedra y Rex pudo observar una magnífica piscina que tenía la forma de una habichuela. Se llegaba hasta ella a través de un prado de buen cuidado césped. A uno de los lados había sombrillas.

Barry Stevens braceaba hacia una escalera de hierro, por la que subió. Un hombre le ayudó a ponerse un albornoz blanco con listas azules.

Salió al encuentro de Holden, coincidiendo en una de las sombrillas. A la izquierda había, una mesa rodante con servicio de bar.

—¿Un *whisky*, Holden? —propuso Barry.

—Lo beberé si bebe usted antes.

Se echó a reír.

—Fue una buena broma —dirigió una mirada a Tim, quien golpeó con su pistola en el hombro de, Rex.

Este dio un traspié hacia el borde de la piscina, pero no cayó dentro porque logró mantenerse en el bordó, Guando se volvió, Barry estaba escanciando el *whisky* en los vasos.

—Usted es muy inquieto.

—Lo soy siempre que trabajo en un caso de asesinato.

Barry le entregó un vaso de *whisky*, sin dejar de sonreír. Bebió él

primero, y entonces lo hizo Holden.

—Debió dejar el agua correr —habló Barry— Después de todo, ¿quién era Delaney? Un «gánster» sin escrúpulos. Ya lo ve, hasta fue a la cárcel.

—¿Estuvo usted encerrado alguna vez, Barry?

—Sí, en un par de ocasiones. La primera en una celda llena de miseria, en un pueblecito de Colorado. El *sheriff* me atrapó cuando tenía entablada una partida de dados en el hotel. El *sheriff* me acusó de haber cargado los dados. Eso hizo el muy bastardo.

—Qué lástima que fuese cierto, ¿verdad?

Barry miró con ojos brillantes a Rex, y de pronto lanzó una risotada.

—Está hoy por hacer chistes, Holden.

Ahora le llegó el turno a Joe. Hizo un movimiento muy rápido con su mano armada y el cañón golpeó justo detrás de la oreja de Rex.

El periodista se derrumbó en el suelo, volcando el contenido de su vaso en el césped.

Se puso en pie, sacudiendo la cabeza. Miró a Barry, que estaba muy tranquilo. Ya había entrado en calor después del baño o quizá estaba bebiendo mucho aquel día porque en su frente se habían formado pequeñas gotas de sudor.

—La segunda vez que me metieron en la cárcel fue en San Luis. Allí fue porque pegué a un policía. Me impusieron una multa, pero no tenía dinero con qué pagarla, de modo que me condenaron a veinte días de pensión. Cuando salí de allí, juré que no me volverían a encerrar.

—Le va a fallar su juramento, Barry.

—¿Usted cree?

—Pasará por la celda antes de ir a la silla eléctrica.

Barry lanzó otra risotada.

Tim se dispuso a dar el tercer golpe a Rex, pero este ya conocía, el juego y se revolvió como una centella, lanzando su puño contra la cara del matón, que salió disparado hacia la pistola. No poseía los reflejos de Holden y no pudo detenerse. Soltó un grito mientras caía al agua.

Joe alzó la pistola.

—Te voy a rellenar de plomo, chupatintas.

Transcurrió un segundo, pero a Rex le pareció un buen rato porque tras él tendría la eternidad.

—Espera, Joe —dijo Barry.

El rubio salió de la piscina, soltando un chorro de agua por la boca. Ofrecía un cómico aspecto, con la ropa adherida al cuerpo, algunos mechones de cabello mojado sobre la frente. Sus ojos miraron cargados de furia a Rex.

—Te voy a arreglar, bastardo.

—Oiga, Barry —dijo Rex, volviéndose hacia el que había sido lugarteniente de Delaney—. ¿Por qué no les dice que se estén quietos, y

seguimos hablando de lo nuestro?

Tim ya se había puesto en marcha hacia Rex, pero Barry lo detuvo con un gesto.

El propio Rex se acercó a la mesa rodante y se sirvió una ración de *whisky* de la botella.

—Bueno, Holden —dijo Barry—. ¿Qué es lo que se propone?

—Descubrir al asesino de Barry Delaney.

—La policía ya lo capturó, de modo que puede estarse quieto.

—A mí no me sirven las personas que capturó la policía.

—No diga eso, Holden. Debería leer otros diarios aparte del «Star».

Barry caminó hacia una silla extensible donde yacían un montón de periódicos.

—Vea lo que dice el «Centinel»: «Curtis Wade y Carol O'Brien convinieron la muerte de Harry Delaney» —arrojó el diario a los pies de Rex, tomando los otros—. Puede consultar también el «Observer», el «Clarín» o cualquiera de estos cinco.

—No opino lo mismo que esos colegas.

—¿Por cuánto opinaría igual?

—Por nada.

—Quiere encarecer la mercancía, ¿eh?

No, Barry. Ya le he dicho cuál, es mi única pretensión.

—Oiga, Holden; he luchado mucho durante toda mi vida. Ya le he contado en qué circunstancias fui dos veces a la cárcel, y no crea que ese fue el final. He pasado hambre, y me siento orgulloso de decirlo. Eche una mirada a esto. Es un refugio. Muy pocas personas lo conocen. Tengo otro par de residencias en la costa, donde celebro mis fiestas, pero me busqué este rincón para disfrutar de un sitio donde resolver mis negocios particulares, ya sabe, asuntos de trascendencia que no quiero que se aireen. Si le he traído aquí, es porque le concedo categoría.

—Me halagan mucho sus palabras.

El «gánster» se echó a reír.

—Sabía que usted y yo llegaríamos a un acuerdo.

—No hay acuerdo.

La sonrisa fue desapareciendo poco a poco de la cara de Barry. Su boca se curvó en una mueca.

—Holden, no me tienta...

—Me gustaría marcharme ahora, Barry.

—Le gustaría marcharse. ¿A dónde? ¿A su redacción para escribir un buen artículo? ¿Espera ganar el premio Pulitzer como ese jefe suyo, Douglas Jones?

—No me interesan los premios, solo decir la verdad.

—¿Cuál es su verdad?

—Usted asesinó a Delaney.

—Qué tontería. ¿Es que no se da cuenta de que Carol y Curtis tenían motivos suficientes para matar a Delaney?

—Usted estaba al corriente de sus relaciones.

—Claro que lo sabía.

—Y hasta llegó a suponer que lo matarían.

—Sí, Holden. Yo también poseo una inteligencia... Carol es una mujer ambiciosa. Pudo conformarse con Harry Delaney, pero también era una mujer sensitiva. No, no podía serle fiel a Harry. Ellos dos, Carol y Curtis, se la jugaron al jefe mientras estuvo en la cárcel. Dígame, muchacho, ¿estuvo bien eso?

—No, no estuvo bien.

—Admite que se portaron indecentemente, ¿verdad?

—Harry Delaney, Carol, Curtis, y docenas de tipos como ustedes, forman una misma clase. Son hombres y mujeres contaminados, podridos.

Los dos matones fueron a abalanzarse sobre Rex, pero Barry los detuvo nuevamente.

—No, muchachos dejadlo que se desahogue. Es mejor así. Me gusta conocer las intenciones de las personas, y no hay nada mejor que excitarlas un poco para que suelten todo lo que llevan dentro. Continúe, Holden. Lo estaba haciendo muy bien.

—Usted cometió un fallo, Barry.

—¿A qué fallo se refiere?

—Como usted mismo acaba de decir, supuso que Carol y Curtis estaban de acuerdo en matar a Delaney, pero usted no podía consentirlo, porque pensó que, si las cosas ocurrían así, Curtis se proclamaría jefe del «gang», sucesor de Harry Delaney. Estaba seguro de que Curtis lograría, su objetivo porque, indudablemente, Wade contaría con el apoyo de la mayor parte del «gang». Entonces decidió adelantársele. Preparó el *whisky* con estircnina...

Se hizo un silencio, que interrumpió Barry.

—Bien, Holden, ya lo tiene resuelto... Pero no va a adelantar nada. Se morirá con el secreto.

—Hay otra persona que está al corriente. Puede ordenar a sus verdugos que me liquiden, y eso no le salvará de la silla eléctrica.

—¿Quién, Holden? ¿Quién más sabe la verdad?

—No se lo diré.

—Claro que me lo dirá, y muy aprisa —Barry dio media vuelta y levantó un brazo hacia la casa.

Rex vio bajar por la escalera a un hombre. Detrás de él iba una joven. El corazón le dio un vuelco al reconocer en ella a Helen Addams.

CAPÍTULO XII

Helen llegó cerca de la sombrilla; acompañada por el hombre de la cabeza rapada que respondía al nombre de Forester y por otro tipo con aspecto de gorila.

Rex se dirigió a ella:

—Me comporté como un estúpido al comprometerla en esto.

—No se recrimine. Ellos fueron los que vinieron a buscarme.

Rex volvió la cabeza bruscamente hacia Barry.

—¿Por qué hizo eso?

—Ordené a mis hombres que le siguiesen. Me gustaba, de modo que decidí atraparla para el caso de que tuviese necesidad de ella.

—Muy inteligente.

—Gracias, Holden. Viniendo de usted, esas palabras me conmueven mucho.

—Señor Stevens —dijo la joven—. No comprendo cuáles son los fines que le han impulsado a traerme aquí contra mi voluntad, pero le recuerdo que esto es mi secuestro.

—Oh, perdone, señorita Addams, tiene usted, razón. La he raptado. Pero no se preocupe. La he traído aquí para que disfrute de la vida... ¿Quiere tomar un baño?

Tengo una hermosa piscina y el agua está tibia. En la caseta número cuatro encontrará bañadores de su talla, docenas de ellos para que pueda elegir. Hasta puede ponerse «bikini», si lo prefiere.

No quiero tomar ningún baño. Sólo deseo volver a mí casa.

—Me temo que eso no puede ser, de momento, ¿verdad, señor Holden?

Rex sacudió la cabeza.

Está, bien, Barry. Si lo que usted quiere es que dé por cancelado el asunto de Delaney, ya acabé de hacer gestiones. Usted gana Vámonos, Helen —tomó a la joven del brazo y fue a dar media vuelta.

Forester le tiró el puño a la cara.

Rex se dobló a un lado, pero no pudo burlar el golpe del todo porque recibió el puño junto al cuello. Quizá fue peor porque se desplomó en el suelo, ahogándose.

Oyó que la joven pegaba un chillido.

—Señor Stevens, ordene a ese bestia que se esté quieto.

Barry emitió una risita como respuesta.

Rex se enderezó, frotándose el cuello. Tras muchos esfuerzos, había

recuperado la respiración.

Barry bebió otro trago de *whisky*.

—Creo que no se ha hecho cargo de su situación, Holden. Tuvo su oportunidad, antes de que apareciese la muchacha, pero la echó a perder. Ahora ya no puede haber arreglo.

—¿Qué va a hacer?

—Matarlo.

La joven dio otro grito.

—¿Cómo puede hablar de asesinato, señor Stevens?

—No intervenga, Helen —dijo Rex.

Barry se echó a reír.

—Todo muy romántico. Ella pidiendo por la vida de él y el buen muchacho queriéndola dejar al margen para que no sufra daño.

—Barry, no haga de malo de película dijo Holden—. ¿Qué quiere lograr con todo esto? ¿Un baño de sangre? Ahí tiene su piscina. Remójese otra vez.

Barry perdió el buen humor. Sus orejas empezaron a adquirir un color rojizo.

Esta vez ninguno de sus sicarios se había puesto en movimiento. Todos estaban demasiado asombrados por las palabras que el periodista había dirigido a su jefe.

—Le falta saber algo, Holden —dijo Barry, rabioso—. Jamás he dejado con vida a una persona que se haya burlado de mí.

—Quiero transigir con usted, Barry. Denos vía libre y tendrá un poco de tiempo para poder huir, el que yo tarde en llegar al más próximo precinto.

—De todos los chistes, ese fue el más malo.

Forester y Joe se lanzaron sobre Holden.

Rex se arrojó de cabeza sobre Forester. Logró un buen blanco, alcanzándole en el estómago.

Desde el mismo suelo, levantó la pierna cuando Joe iba a meterle un proyectil en el cuerpo.

El arma del matón se fue por el aire y cayó en el césped, cerca de la mesa rodante donde estaba el servicio de bar.

El otro matón con aspecto de gorila sacó una pistola que parecía un juguete.

Helen estaba al lado de él y se le arrojó encima, tirándole la zarpa a la cara.

Rex pudo salvar la vida gracias a la joven, porque esta logró introducir una de sus uñas en el ojo izquierdo del tipo, quien dejó caer el arma, lanzando aullidos, tratando de quitarse de encima aquella gata furiosa.

Rex rodó por el césped hacía la pistola que había quedado más cerca.

Pero no pudo llegar a tiempo de atraparla porque el rubio Tim le pegó

un patadón al arma.

El joven, en vista de que no pudo alcanzar la pistola, echó mano al tobillo del rubio y tiró de él con todas sus fuerzas.

Tim fue a caer sobre la mesa rodante, a la cual dio impulso, lanzándola sobre la piscina.

La lucha se estaba, desarrollando a un ritmo vertiginoso.

Helen fue arrojada al suelo cuando el matón logró atraparla por los brazos.

Rex dio otras dos vueltas sobre sí mismo, en busca de otra arma. Esta vez llegó primero.

Pero no estuvo muy seguro de que le pudiese servir para algo porque Forester le estaba apuntando con una tremenda «Luger» de negro cañón.

Saltó en el aire instintivamente al tiempo que apretaba el gatillo.

El estampido fue doble porque también Forester había hecho fuego.

Rex sintió como la bala del guardaespaldas de Barry le rosaba por todo el cuerpo, empezando por el pecho y el estómago, antes de enterrarse en la hierba.

Forester no tuvo tanta suerte porque el plomo que le envió Rex le entró justo por el cuello. Hizo un extraño gargarismo y se derrumbó.

Joe había recuperado ya su arma, pero Holden no podía ceder la ventaja que había adquirido e hizo tronar de nuevo su chisme.

La bala arrancó al pelirrojo del césped y lo envió al agua como un pingajo.

El rubio Tim echó mano a la «Luger» de Forester y no sé entretuvo rancho en apretar el gatillo, aunque lo hizo alocadamente, sin apuntar apenas.

Rex lo enterró en la hierba, metiéndole un pildorazo en el pecho. Luego el periodista movió el arma, apuntando a Barry.

—La próxima es para usted. Diga a todo el mundo que se esté quieto.

Se oyó ruido de carreras y por un lado de la casa aparecieron los dos fulanos de aspecto triste que Rex había visto a su llegada. Los dos exhibían el arma en la mano.

—Bueno, Barry, si uno de esos muchachos dispara, usted se va al infierno.

—Estaos quietos, chicos.

—Dígales que arrojen las armas.

—Ya lo habéis oído.

Los dos matones lanzaron sus pistolas a un lado.

—Bueno. Barry, vamos por uno de los coches.

—¿Por qué no es más sensato, Holden? Usted y yo acabaremos por llegar a un acuerdo.

—Ya le dije que no, Barry. Eche a andar.

—Deje que me cambie.

—No, Barry. Quiero entregarlo así. Con bañador y albornoz. Está presentable. Recuerde que es un hombre rico, un tipo con mucho dinero. Titubee unos instantes y le juro que le doy su merecido.

El ex lugarteniente de Harry Delaney echó a andar hacia la parte delantera de la casa. Detrás de él iba Helen y Rex un poco más distanciado para evitar cualquier sorpresa de los hombres de Stevens. En el camino tomó las pistolas que podían echarle a perder la combinación y las lanzó a la piscina.

Ocuparon el coche en el que Rex había viajado, sentándose Helen ante el volante.

—Bueno, muchacha, ahora a la comisaría.

La joven hizo correr el vehículo hacia el portón y, cuando estuvieron fuera de la casa, aumentó gradualmente la velocidad.

* * *

Douglas Jones exhibió orgullosamente el ejemplar del «Star» con negros titulares que decían: «El asesino de Harry Delaney, Barry Stevens, en manos de la policía».

—Siempre confié en ti, muchacho.

Olvidas algo importante. Douglas. Barry Stevens nunca se confesará autor del asesinato.

El jefe de redacción empezó a palidecer.

¿Quieres decir que ese tipo no será considerado culpable? ¡Santo cielo! ¿Qué clase de faena nos has hecho, Rex? ¡El diario está ya en la calle...! Barry Stevens nos demandará en cuanto su abogado lo saque de la cárcel, y eso será cuestión de minutos... ¡No puedo detener la venta del «Star»!

En aquel momento sonó el teléfono y Douglas atrapó el auricular.

¿Quién es? —rugió—. ¿Teniente Murphy...? ¿Es que quiere hablar con Holden...? Tendrá que buscarlo en el Polo Sur porque es allí donde lo enviaré antes de una hora...

Casi arrojó el auricular hacia Holden, que ya se había levantado del sillón.

—Le escucho, Murphy —dijo.

—Oiga, Holden, usted también dio en el clavo. Ese Philip, el criado, era el cómplice de Stevens. Fue él quien limpió la botella y los vasos. ¿Cómo lo supo, Rex?

—Una corazonada, teniente.

—A propósito, cuando Philip se vio acorralado, quiso cargar la culpa en cierta violoncelista, Myra Nicholson... Naturalmente, no le hicimos ningún caso. Le seguimos apretando las clavijas y terminó soltándolo todo. Barry fue quien puso la estricnina, y él se limitó a ayudarle, haciendo desaparecer las huellas, así como el contenido de la botella.

—¿Es suficiente el testimonio de Philip para sentenciar a Barry Stevens?

—Le daré la respuesta del fiscal del distrito. Ha dicho que si él no es capaz de asar en la silla a Stevens, se colgará de la lámpara de su casa.

—Dígale que me avise si se ahorca. Es el favor que le puede hacer al «Star» por lo que el «Star» ha hecho por él.

Murphy lanzó una carcajada y colgó.

Douglas no se había perdido una palabra del diálogo porque había estado escuchando por el supletorio.

Se dejó caer en el sillón.

—Dios mío, en tres minutos he envejecido diez años.

—¿Por qué no te jubilas, entonces, y dejas en paz a la juventud?

Sonó otra vez el teléfono y Jones lo alcanzó nuevamente.

—¿Eh...? ¿Holden? Sí, aquí está... Es la Nicholson.

Otra vez los dos se dispusieron a oír lo que llegaba desde el otro extremo.

—Buenos días, señorita Nicholson —dijo Rex.

—Señor Holden —repuso la violoncelista con voz grave—. Tengo que pedirle disculpas.

—¿Por qué?

—Creo que no lo traté muy bien cuando me visitó. Debí resultarle, a usted sospechosa.

—Es posible.

—Sólo quería decirle que me llegué a casa de Harry para que me devolviese mis cartas. Nunca me había atrevido a pedirselas, y al fin me decidí a hacerlo.

—La comprendo a usted perfectamente.

—Siga guardando el secreto. Ahora estoy más tranquila. Aunque le seguiré debiendo una compensación.

—En ese caso, le sugiero que me envíe un par de entradas para su próximo concierto.

—Ya puede contar con ellas. Adiós, señor Holden.

Rex y Douglas colgaron, y el primero se golpeó el pecho, sonriendo.

—Da gusto cuando todo acaba bien.

—Todavía falta el final.

—¿Eh?

Rex echó a andar hacia la puerca.

—¿A dónde vas, Rex? El propietario te ha invitado a pasar el fin de semana en su finca.

—Excúseme.

—¿Qué es eso de que te excuse? No puedes dejarle plantado.

—Dile que tengo paperas, el sarampión o lo primero que se te ocurra. Tengo derecho también a vivir mi vida, y ya he arreglado el fin de semana

por mí cuenta—. ¿Quién es ella?

—Mike Ciclón.

Douglas se quedó con la boca abierta.

—¡No, Rex!

Holden salió del despacho y, ya fuera, oyó como Douglas se derrumbaba de la silla.

FIN

Clark Carrados

LA MUERTE ANUNCIO SU VISITA

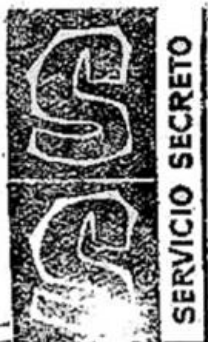


Precio:
7 ptas.

Aparecerá la próxima semana
en esta misma colección

EDITORIAL BRUGUERA S. A.

Selecciones



Una nueva colección
que sólo publicará éxitos

Las mejores novelas
editadas en la colección S. S.
durante 12 años.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



COLECCION CIRCULO AZUL

Las páginas más apasionantes de la historia y sus personajes más trascendentales, a la luz de las últimas investigaciones.



**EL PROCESO DE
NUREMBERG**

**LOS PAPAS DEL
MUNDO MODERNO**

EL ALAMO

**EL ENIGMA DEL
COLLAR**

LOS ROTHSCHILD

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



COLECCION
CIRCULO BLANCO



la aventura vivida

MI VIDA SUBTERRANEA

por Norbert Casteret

INVESTIGADOR SUBMARINO

por Lloyd Bridges

"Mike Nelson"

NIGER, LEYENDA Y REALIDAD

por Richard Owen

VOLANTES DE LA MUERTE

por Robert Daley

MI PADRE ES UN CANIBAL

por Sten Bergman

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAÍSES QUE SE CITAN**

REPÚBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera Argentina SAFiC. Hipólito Yrigoyen, 646/50 — BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comeroio, 1073 — LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6, núm. 13-78 — BOGOTÁ.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. —Apartado 1.924 — SAN JOSÉ.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. —Galería Imperio, 235-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual — El Conde, 40 — SANTO DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y Sucre — QUITO.
Librería Selecciones, S. A. — Aguirre, 717 y Boyacá — GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales — 12 Calle número 5-42 GUATEMALA.

MÉXICO: Editorial Iztaccinuatl, S. A. — Avda. Uruguay, 17 MÉXICO.

PANAMÁ: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 — PANAMÁ.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó — Estrella, 138 — ASUNCIÓN.

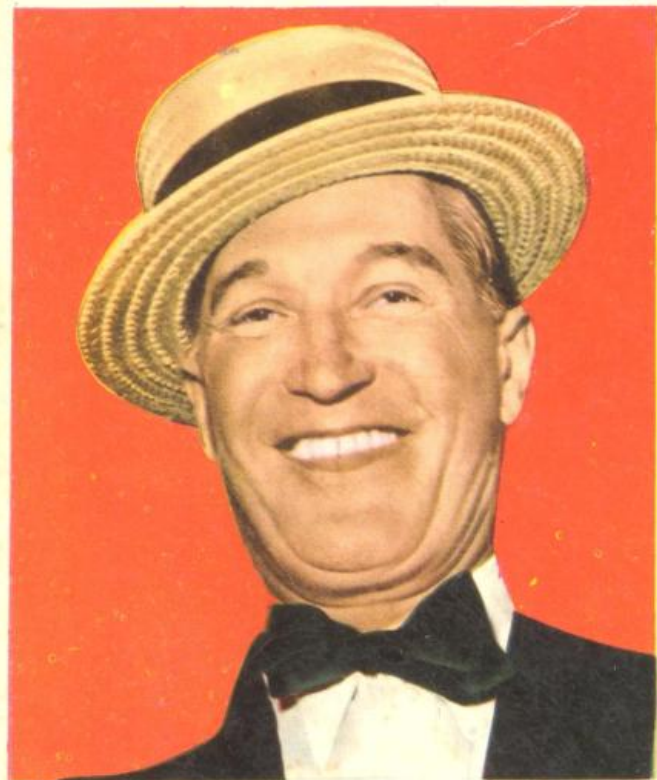
PERÚ: "Iris, S. A". Egón Rosenfeld — Jirón Moquegüa, 336 LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop — 200 Fortaleza St. —SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía — 15. Calle Oriente, 243 — SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos — Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. — Ferrenquín a la Cruz, 178 — CARACAS».



N.º 1487

Maurice Chevalier

Es uno de los más populares actores mundiales. "El desfile del amor" y "El teniente seductor", fueron sus grandes éxitos de antaño. Sus últimas películas son "Pepe", "Can-Can" y "Fanny".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MÓRA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: **7 ptas.** • Impreso en España - Printed in Spain.